

Del recuerdo a la experiencia. Herencia cultural y ambiente cultural en Dinamarca

Thomas Højrup

Universidad de Copenhague
hrup@hum.ku.dk

Resumen

A partir de un estudio de caso danés, este trabajo se ocupa de la relación entre antropología y herencia cultural. Fundamentalmente de las formas de percepción y tratamiento social de la herencia cultural y del papel mediador que ejercen los antropólogos. Para ello se parte de un enfoque que entiende la acumulación de experiencia social, cultural y política como herramienta de la construcción del Estado soberano y la elaboración de la Historia.

Palabras clave

Herencia cultural, ambiente cultural, Estado, experiencia.

Summary

Based on a Danish study, this work is concerned with the relationship between anthropology and cultural inheritance, essentially of the forms of perception and social treatment of cultural inheritance and the mediating role which anthropologists exert. This work begins with an approach that understands the accumulation of social, cultural and political experience as a tool for the construction of the sovereign State and the elaboration of History.

Key words

Cultural Heritage, Cultural Environment, State, Experience.

En Dinamarca, uno de los estados más pequeños de la Unión Europea, hay una extensa tradición en el tratamiento de las transmisiones culturales. Ya en el siglo XIX fue esgrimida la idea del museo al aire libre. Uno de los primeros museos de este tipo surgió en Brede, cerca de Copenhague. La protección de los monumentos tiene, desde hace mucho tiempo, una gran importancia en la planificación de la ciudad. La conservación de casas, calles y plazas impregna el rostro de las ciudades danesas. La protección de la naturaleza y los paisajes culturales tiene también una gran significación social, al pretender preservar los diferentes sistemas físicos y las formas de uso creados por los seres humanos.

A la cuestión de qué definimos como herencia cultural y cómo se debería proceder con ella, se han encontrado respuestas cambiantes a lo largo de la historia. La práctica actual en Dinamarca muestra que no sólo se catalogan como dignos de protección objetos aislados sino también grandes conjuntos. Para ello se ha introducido el término “ambiente cultural” (*Kulturmilieu*). ¿Pero qué criterios sirven de base en la elección? ¿De qué modo hacemos historia, qué elegimos como digno de conservarse? La respuesta a estas preguntas no es en modo alguno inocente, sino que por el contrario tiene una enorme relevancia política.

Para la etnología el tratamiento de las transmisiones culturales ocupa en la práctica un papel central. A menudo son los etnólogos los que valoran qué posee un significado histórico y por tanto es digno de protección, y qué objetos son menos importantes. Ellos determinan qué fenómenos culturales, arquitectónicos, paisajísticos y folclóricos componen la herencia cultural. Hubo etnólogos implicados en el debate que propiciaron que no solamente fueran elegidos objetos aislados, sino también conjuntos globales definidos como “ambientes culturales”. La implicación de etnólogos y la responsabilidad social de la etnología hacen imprescindible explicitar la relación de esta disciplina con la herencia cultural.

En el presente artículo llevo a cabo, en tres pasos, una revisión crítica de la práctica con la herencia cultural. Como vengo diciendo, me sirve como ejemplo el pequeño país escandinavo de Dinamarca. En la primera parte aclaro por qué no se puede observar la herencia cultural única e ingenuamente como transmisión histórica de la cultura, sino que también debe observarse como resultado del ejercicio de soberanía del Estado. Desde esta perspectiva, la historia y los fenómenos culturales

producidos en ella se transforman en documentos de una lucha por el reconocimiento. El ejemplo de Dinamarca, que como pequeño vecino nórdico de Alemania ha tenido una situación históricamente difícil para defender su soberanía, muestra cómo la conformación estructural del país –infraestructuras, usos del paisaje, etc.– se ha diseñado y se diseña a partir de consideraciones estratégicas.

En la segunda parte aprovecho la reflexión sobre un tipo de consideración ingenua de la historia que diferencia entre recuerdo y experiencia, para defender que el tratamiento de la herencia cultural debiera no sólo insistir en el mero recuerdo, sino entender la historia como experiencia. Su transmisión ofrecerá entonces la posibilidad de que dicha experiencia refleje el proceso histórico. Esta noción de experiencia entiende el Estado como un ejercicio de soberanía, tanto hacia dentro como hacia fuera, que crea así una gran diversidad de ambientes culturales.

En la tercera parte caracterizo el papel adoptado por la etnología en el tratamiento de la herencia cultural. Como ejemplo utilizo un pequeño pueblo de pescadores en la costa del Mar del Norte, en el que se ha suscitado el debate sobre qué debería ser definido como herencia cultural y cómo se debe manejar ésta. El papel de la etnología en esta discusión nos puede mostrar qué alcance, tanto político como social, posee el trabajo científico y cómo él mismo genera paisajes culturales.

La presencia de la soberanía en el paisaje cultural

Cuando nosotros decimos que un “objeto de la herencia cultural” nos *cuenta* un trozo de la historia de Dinamarca, lo hacemos porque tras él permanece algo de *historia*. Pero ¿no son muchos los elementos que podríamos elegir? ¿No se oculta detrás de todo elemento una historia? De hecho podríamos hacer referencia a todo, dado que todo lo que nos rodea cuenta una historia. ¡Todo es ambiente cultural! Pero el hecho de que nosotros los etnólogos, determinemos con la autorización estatal que algo cuenta la historia, significa que nosotros mismos influimos en la formación de la historia cultural de Dinamarca. Nosotros contribuimos a fijar algo, a decir que es importante recordar determinados contextos. Contribuimos a formar una conciencia de sí mismo en el pueblo. Ello significa que nosotros, como profesionales –tanto si lo queremos como si

no—, generamos historia. Debemos pues entender de qué modo nuestra propia práctica da lugar a la historia. Y debemos adoptar una postura sobre qué forma de proceder consideramos adecuada y justificada en nuestro tiempo.

Nuestro conocimiento etnológico sobre el objeto nos traiciona, dado que ya desde la antigüedad hasta nuestra época, la lucha de los Estados por el reconocimiento es lo que ha creado la Historia. Por un lado, se puede observar a cada Estado desde sus relaciones externas, como efecto de su lucha por el reconocimiento a través de la historia del sistema de Estados. Por otro, en esta lucha también tiene mucho que ver el mantenimiento de su permanentemente inestable dominio soberano, el hecho de que haya sido y sea capaz de reestructurar su interior (la sociedad) sobre la base de las formas de vida ya existentes, gracias a dicho ejercicio de soberanía. El Estado hace de soporte de un organismo social diferenciado, que proviene de formas de vida contrarias e imprescindibles entre sí, de ahí todos los diferentes tipos de sujetos incluidos en una sociedad (señores y servidores, empresarios y asalariados, agricultores autónomos y funcionarios, etc.). La *continuidad* del ejercicio de soberanía y una existencia como sujeto *colectivo* constituyen las bases para que sea posible hablar, con sentido para todo un pueblo, de su propia historia, y en consecuencia, sobre la historia de dicha patria. Que la gran Historia sea la del sistema de Estados (o del espíritu del mundo, como decían los antiguos) no se contradice con que cada sujeto del Estado posea su propia historia, y con que ésta sea la historia del pueblo o de los pueblos, siempre que se trate o se haya tratado de una asociación de Estados en uno más amplio, como por ejemplo el de los reyes daneses. El papel de la etnología y el significado de la herencia cultural para el ejercicio de la soberanía representan una parte de dicha historia.

Es el Estado, entendido como un sujeto que se defiende a sí mismo, quien crea la historia. Por un lado, llevando a cabo a menudo grandes transformaciones en su sociedad, que posibilitan su capacidad de defensa, y con ello lo que implica de manera directa e indirecta también acciones sobre los paisajes culturales, que son creados a través de las formas vitales y del ejercicio estatal de soberanía (edificación y actividad industrial, transporte y comunicación, fortificaciones y fronteras). Por otro lado, cuidando y exigiendo un culto que posibilite, desde el momento de su interpelación¹, una conciencia de sí misma en la pobla-

ción –desde el culto de nuestros antepasados en la antigüedad hasta la dirección cultural de nuestro tiempo– imprescindible para su labor de soberanía. Objeto y sujeto hablan por tanto este lenguaje: el Estado creó su propia historia cultural.

La administración estatal del espacio físico es una de las tareas pertenecientes al ejercicio de soberanía. Desde la elección y manejo del asentamiento mejor situado –con relación a su defensa, a la obtención de piedra pómez, caza, pesca y agua potable, o relacionado con la roturación, la delimitación de huertos, praderas y lugares de culto–, hasta la ordenación territorial actual, la administración del espacio físico, y con ello del paisaje cultural, ha sido una práctica estratégica.

Prestemos atención a cómo se ha diseñado el espacio físico en Dinamarca. Desde el tiempo de las cooperativas en el siglo XIX hasta entrados los años sesenta, Dinamarca ha sido un país que ha vivido de las exportaciones agrícolas. Los agricultores daneses han producido leche, carne de cerdo y huevos, que transformados por las empresas cooperativas danesas en mantequilla, *bacon* y huevo han provisto las mesas de desayuno inglesas y han sido llevados a este país como productos listos para el consumo por los trenes y las compañías navieras danesas. Con las libras así ganadas, Dinamarca compró carbón y máquinas para las centrales eléctricas y la industria, que a su vez suministraron abonos químicos y máquinas agrícolas, y transformaron los productos agrarios en mercancías para la exportación. Tal fue, descrita a grandes rasgos, la economía nacional danesa durante varias generaciones, basada en dos modos de producción diferentes con sus respectivas y consolidadas formas de vida. Allí coincidían, por un lado, las variantes de la forma de vida autónoma de la agricultura familiar, la artesanía y el comercio, y por otro la industria, como forma de vida del inversor, del capitalista productivo, del académico y del trabajador asalariado².

La producción sencilla de mercancías dominaba en las zonas rurales y coexistía con los modos de producción capitalistas en las haciendas señoriales, en las grandes ciudades y en la capital³. Todo fue administrado desde una visión funcional con oficina principal en Copenhague. Ésta delegaba una cierta autogestión en el funcionariado local con su formalizada administración pública en las ciudades y en los consejos municipales en las zonas rurales⁴. El pequeño Estado nacional danés se formó bajo el reflejo del periodo de fundación de la federación alemana,

eligió la neutralidad como estrategia de supervivencia en el ejercicio de la soberanía y trabajó con una sociedad claramente estructurada como base para una economía exportadora adecuadamente orientada hacia occidente –interrumpida por los imprescindibles y bien pagados suministros a la economía de guerra alemana durante ambas guerras mundiales–. Todo lo que nosotros veneramos como el ambiente cultural de nuestros padres y abuelos son paisajes culturales y otras transmisiones que provienen de la sociedad de esta forma de Estado.

Tras la Segunda Guerra Mundial ya no era útil sin embargo esta forma de Estado. Decidimos conservar Groenlandia y tuvimos por ello que adaptar el ejercicio de soberanía de la neutralidad a la participación armada en la organización occidental de defensa bajo la dominancia de los Estados Unidos de América. Dinamarca se dirigió también, junto con los restantes países europeos occidentales, hacia una economía mundial abierta dirigida por Norteamérica. En este momento fueron insuficientes la política comercial restrictiva, las fronteras aduaneras y la economía nacional orgánica del pueblo. Para reactivar la economía occidental, EEUU obligó a sus aliados europeos a la liberalización si querían acceder al disfrute de los dólares americanos en forma de *Plan Marshall*⁵. Como contrapartida a que los países se adaptasen a la competencia internacional y a la amplia liberalización económica pudieron acoplar su moneda al dólar con el *Acuerdo de Bretton-Woods*⁶. Regían las premisas de un mercado mundial abierto en el que sobrevivirían solamente las formas de vida que encontrarán, comparativamente, escenarios con suficientes ventajas. Dinamarca no se puede limitar a proteger las formas de vida de la agricultura, la artesanía, la industria cooperativa, el movimiento obrero, etc. Se comienzan a crear “personas modernas” que tienen que ser capaces de adaptarse durante toda su vida al crecimiento económico y a la racionalización de las estructuras. Este es un desarrollo que plantea, desde la perspectiva de los planificadores, exigencias totalmente nuevas a la flexibilidad del sujeto. En la planificación se consideran expresiones clave *capacidad de adaptación* y *flexibilidad*, mientras que en la población lo son “libertad” y “bienestar”. Dinamarca desarrolla un sector público enorme e inconfundible, que debe garantizar la capacidad de adaptación del individuo “de la cuna a la tumba”, independientemente de las actuales organizaciones del movimiento obrero, de las asociaciones de agricultores, de la ciudadanía y del funcionariado⁷.

Desde el punto de vista físico, Dinamarca se transforma con excesiva precipitación. La población rural se traslada a las ciudades, los habitantes de la provincia, a la capital, Copenhague. Se puede observar en qué magnitud se acelera esta emigración de la población y qué consecuencias acarrea a finales de los cincuenta y más acentuadamente en los años sesenta, cuando los ayuntamientos y las comunidades administrativas⁸ diseñan los planes sobre cómo quieren desarrollar sus zonas industriales y construir carreteras, o cerrar las pequeñas escuelas municipales y agruparlas en escuelas centrales. Se llega finalmente a la conclusión de que una planificación descentralizada acabará en el caos. Por ello se introduce una planificación del país que coordine la transformación. Su objetivo es crear una sociedad efectiva, capaz de sobrevivir en una economía mundial abierta. Nuevos paisajes culturales cobran vida y cambian la forma de los viejos. En lugar de ofrecer imágenes de estos nuevos ambientes pretendo describir lo que pasaba por la cabeza de los planificadores en aquel tiempo, en los años sesenta.

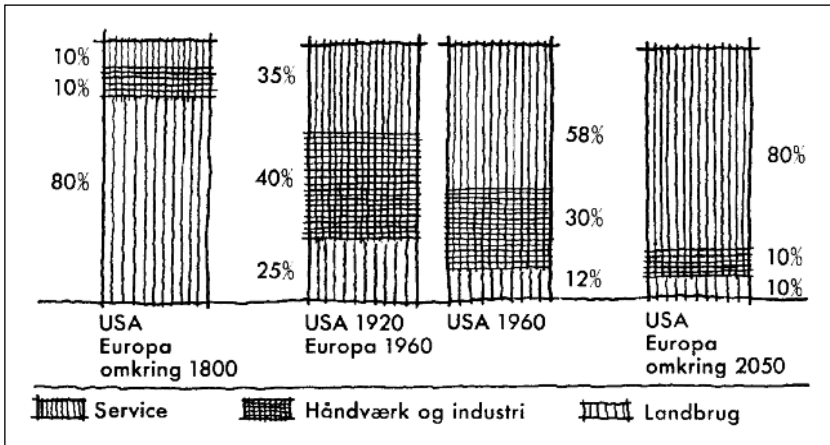
En este tiempo se erigió, con la *Secretaría para la planificación nacional*, una administración estatal central que debía coordinar la intensiva reestructuración de la sociedad danesa. Por un lado se ordenó el barullo institucional con ayuda de reformas administrativas. Por otro, esta racionalización de las estructuras brindó la posibilidad de establecer un proceso de planificación física jerárquicamente organizado, que teniendo como punto de partida la planificación estatal central se ramificó hasta la planificación regional e incluso a la local de los ayuntamientos. Con la reforma de los ayuntamientos en el año 1970⁹ y las nuevas leyes de planificación, se transformó la ideología planificadora del estado del bienestar —que había alcanzado su máxima importancia en la época de entreguerras— como alternativa institucional al principio de separación entre la ciudad y el campo. En 1975 se fundó en el nuevo *Ministerio de Medio Ambiente* una *Sección de Planificación* para administrar las leyes planificadoras. No transcurrió mucho tiempo hasta que esta cultura de los planificadores encontrara resistencia en las diferentes fuerzas políticas. Ni a la izquierda humanista ni al liberal-burgués Venstre Parti¹⁰ les gustó demasiado la idea de fortalecer a las “autoridades” a costa de la “libertad”. A finales de 1980, el término planificación se convirtió en una palabra públicamente malsonante o por lo menos en una expresión que se intentaba eludir. De una gran visión se había transformado en un tabú.

Sin embargo, en la práctica, se sometieron partes esenciales de la planificación al departamento del Ministerio de Medio Ambiente, manteniendo así su importancia sin ser a la vez un foco de atención pública. La sección de planificación fue desmantelada en 1992 como consecuencia del apoyo político a la planificación estatal. Algunas competencias fueron transferidas a la renombrada Administración Medioambiental (*Miljøstyrelse*) y a la Administración Forestal y de la Naturaleza (*Skov-og Naturstyrelsen*). Los departamentos antropológicos que se ocupaban de la herencia cultural fueron trasladados en 2002 por el *Skov-og Naturstyrelsen* a una administración recién creada, la Administración de la Herencia Cultural (*Kulturarvstyrelse*).

A comienzos de los sesenta, estrechamente vinculado a las actividades de la *Secretaría para la Planificación Nacional*, el término *ambiente cultural* será acuñado por los técnicos para atender a un nuevo interés no sólo por objetos aislados sino también por conjuntos. Esta denominación se conserva a pesar de las reestructuraciones, pero según muestra la experiencia, será relevada por nuevos y en su tiempo armoniosos términos. Así vemos cómo es la historia de la Administración la que nos cuenta la genealogía de los conceptos surgidos en este discurso. Ella describe cómo cristalizaron tales conceptos en la Administración, con los que se organizó y transformó el entorno físico. Nos muestra de qué contexto surgió el término ambiente cultural y qué significado, qué sentido y contenido se le confirieron en contraste con lo que *no* ha sido organizado ni transformado en un ambiente cultural. Cuando hoy en día impera la perplejidad sobre el trato que la herencia cultural recibe, ello tiene que ver entre otras cosas con que el papel que el concepto juega en este contexto *práctico* ha dejado de ser tenido en cuenta. Esto sólo debiera ser razón suficiente para especificar la práctica en la que el concepto resulta efectivo, si lo que queremos es desarrollar criterios para delimitar efectivamente lo que debe ser identificado como ambiente cultural.

Observemos más concretamente cómo fue discutido por los planificadores el desarrollo de Dinamarca desde los años sesenta. En principio, orientaron su mirada de este a oeste, tal y como lo hacen Bidstrup y Kaufmann en 1963 en su obra de referencia *Danmark under forvandling*¹¹. Anteriormente había sido la economía planificada de la Unión Soviética la que inspiró el espíritu de la época y sirvió como referencia, como muestra el trabajo realizado en 1945, *Fremtidens Danmark von*

Kragh¹². Ahora se dirige la mirada a la sociedad americana, que muestra ejemplarmente el desarrollo de la estrategia de supervivencia elegida, la misma que un Estado occidental aliado deberá seguir en el futuro. A grandes rasgos fue éste un proceso de “desarrollo” desde una sociedad agraria hasta una sociedad de servicios, pasando por una sociedad industrial [Ver figura 1].



Nos movemos continuamente hacia la “civilización terciaria”, los EEUU son el modelo.

Figura 1. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

¿Cuál fue el siguiente paso en la planificación, una vez concebida Dinamarca como parte de mundo occidental y especialmente del europeo con sus nuevas condiciones? Se preguntó seguidamente: ¿Dónde está situada Dinamarca geográficamente? ¿Qué tipo de país es? ¿Qué cálculos debemos hacer partiendo de esta situación y del papel que juega de cara a estimar nuestras posibilidades? Desde el punto de vista del transporte geográfico el papel de Dinamarca consistía en ser un puente entre el norte y el resto de Europa [ver figura 2]. En otras palabras, Dinamarca tendría que disponer de una infraestructura que se correspondiese con su papel para el transporte europeo de mercancías y personas. Para los planificadores estaba también claro que debía tenerse en cuenta cómo estaba dispuesto el país desde el punto de vista de la geografía de las ciudades, si querían hacerse respetar en Europa. Dinamarca estaba

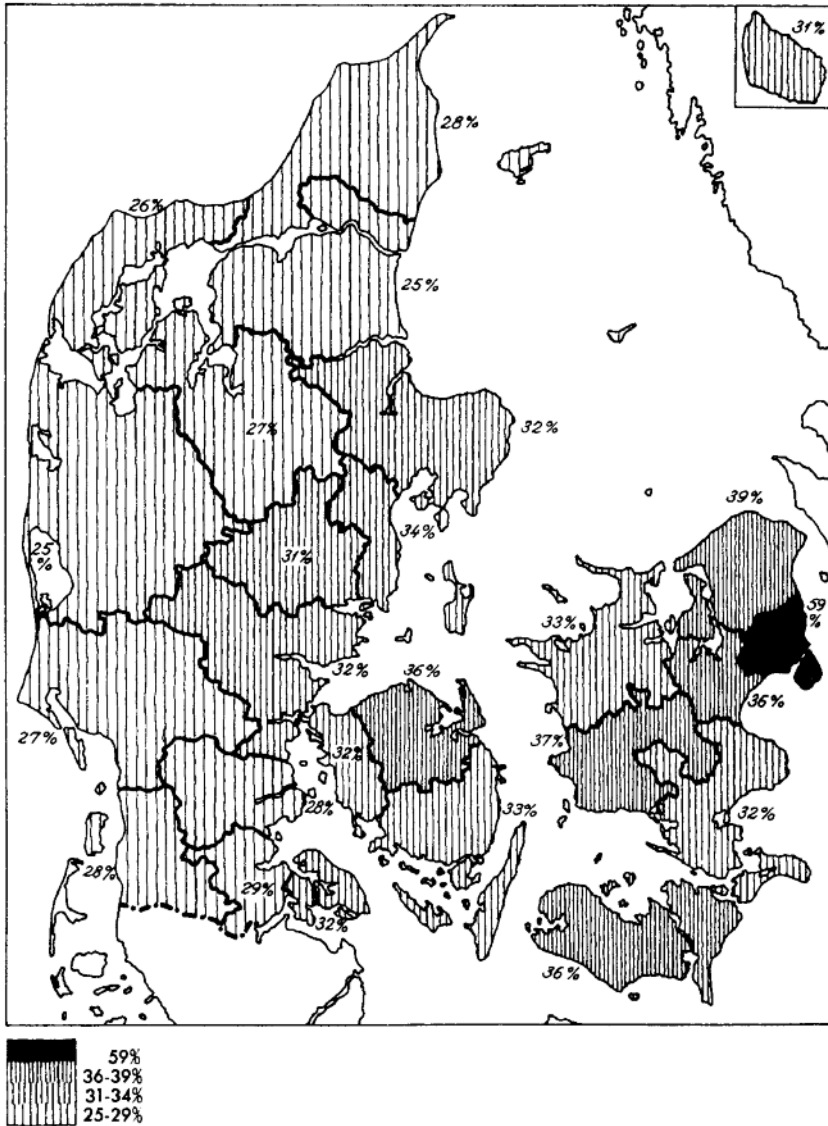


Dinamarca en Europa. Dos de una serie de mapas que muestran la situación “física” de Dinamarca en Europa occidental –una perspectiva a la que debemos acostumbrarnos–. El mapa superior muestra la densidad de población en 1950 (1 punto = 50.000 personas, el tamaño del círculo en torno a las grandes ciudades indica el número de habitantes). Estamos situados fuera del corredor densamente poblado entre Inglaterra y el norte de Italia, cerca del paso a la Península Escandinava. Pero también en Francia y España hay lugar suficiente –y un mejor clima–. Abajo encontramos nuestra situación en la red principal de transporte terrestre de Europa Occidental como una especie de puente entre el norte y el sur. Es de sobra conocido que una importante ruta marítima entre el oeste y el este pasa por este puente.

Figura 2. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

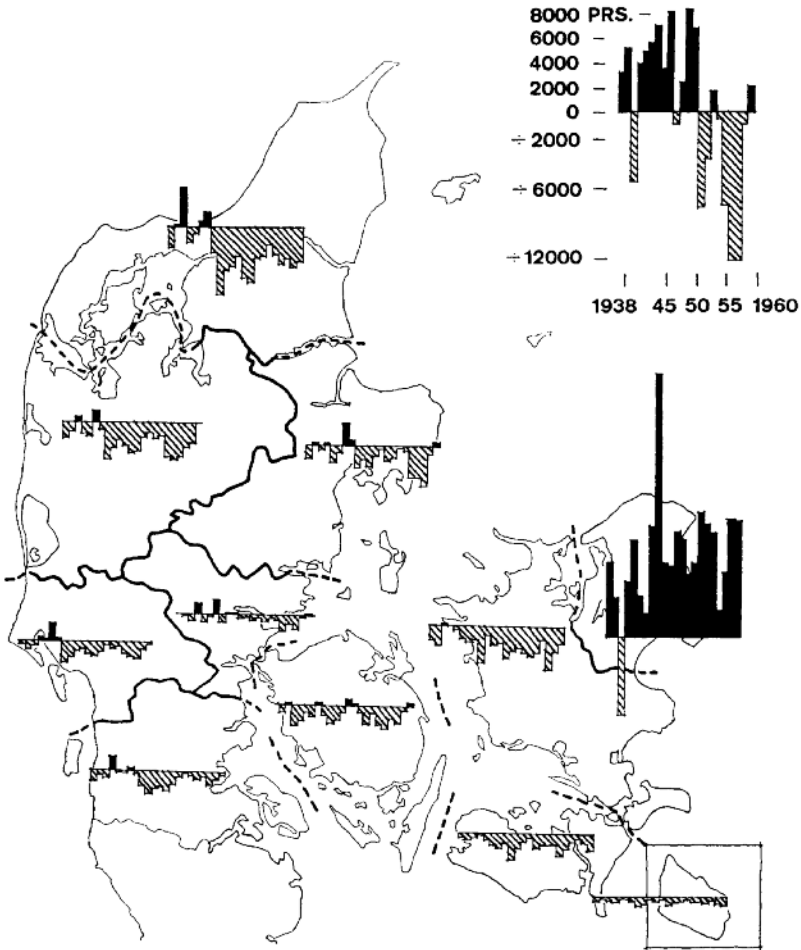
situada, así lo veían los planificadores, ciertamente cerca, pero sin embargo fuera del estrecho corredor de ciudades que se extiende desde Gran Bretaña hasta el norte de Italia. En un mundo en el que se esperaba que las ciudades y aglomeraciones urbanas alcanzasen una importancia geoestratégica para cada Estado moderno, debió considerarse como un gran reto estar situados fuera pero en las cercanías de este corredor de ciudades, y la moderna Dinamarca tuvo que confrontarse con él.

Al deshacerse la antigua combinación de las exportaciones agrarias por un lado y la importación de energía, materias primas y máquinas por otro, comenzó a hacerse patente la emigración de la población joven del campo a la ciudad. Las figuras 3 y 4 muestran las enormes proporciones que llegó a alcanzar esta migración. Los planificadores pudieron demostrar, mediante la medición en cifras de este movimiento y la pronóstica-ción fruto de la interpolación, que se estaban enfrentando a una situación radicalmente nueva que habría que superar. La llamaron *ciudad Dinamarca*. La pregunta era cómo se la debía estructurar. La problemática de la ciudad Dinamarca no sólo precisó planes de urbanización en torno a las viejas ciudades con todas las inversiones infraestructurales correspondientes. Demandó también que Dinamarca se convirtiera en un pueblo de ciudadanos que utilizaban de un modo diferente el campo, el bosque y las zonas costeras. En la práctica, éstos y éstas fueron transformados en zonas de esparcimiento. A estos ciudadanos habitantes de la ciudad les gustaría tener una casa para el verano, y si no se empezaba a planificar dónde y cómo se podrían construir éstas, se extenderían en unas generaciones por todas partes y dificultarían cualquier otro uso del territorio. Los hechos han tenido por lo tanto una enorme repercusión sobre el paisaje. Otra pregunta era dónde se debería situar la ciudad Dinamarca. Aún cuando Dinamarca se convirtiera en una ciudad, con ello no se habría todavía decidido dónde estarían situadas las zonas residenciales, las empresas, los centros comerciales, los lugares de ocio y los centros administrativos. Los planificadores diseñaron planos virtuales sobre cómo podrían ser las ciudades en la ciudad Dinamarca. Cuando se cartografía algo se descubren a menudo nuevos contextos. Especialmente cuando se pretenden determinar las posibles funciones y el futuro desarrollo de la ciudad. Como ya se ha dicho, los planificadores tomaron conciencia de que estamos situados muy cerca de una gran ciudad y ésta no era por aquel entonces –durante la guerra fría– Berlín sino Hamburgo. [Ver figura 5].



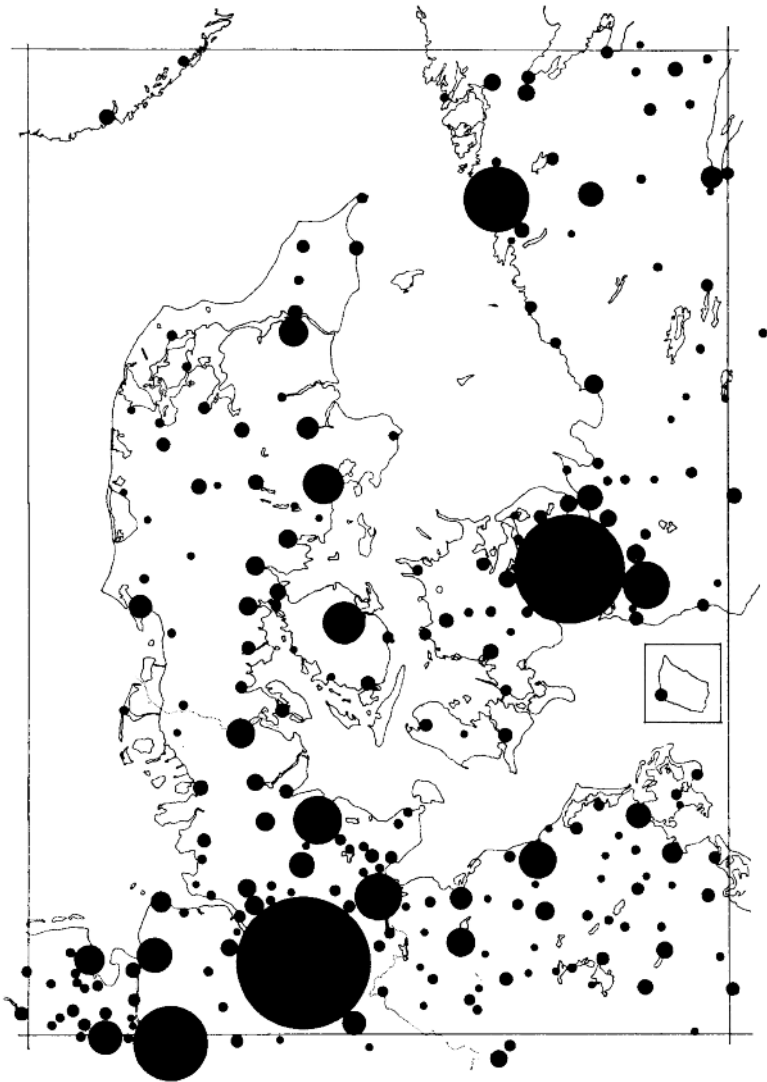
Retrceso del número de trabajadores en la agricultura en tanto por ciento en todas las provincias.

Figura 3. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



Migración. La gráfica representa el resultado de todas las inmigraciones y emigraciones de los años 1938-1958 en cada región. Las columnas negras sobre la línea suponen un crecimiento, las rayas por debajo una disminución. Muchas zonas del país experimentaron un decrecimiento constante tras la guerra. Tan sólo la zona de acogida de la capital muestra un gran aumento.

Figura 4. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



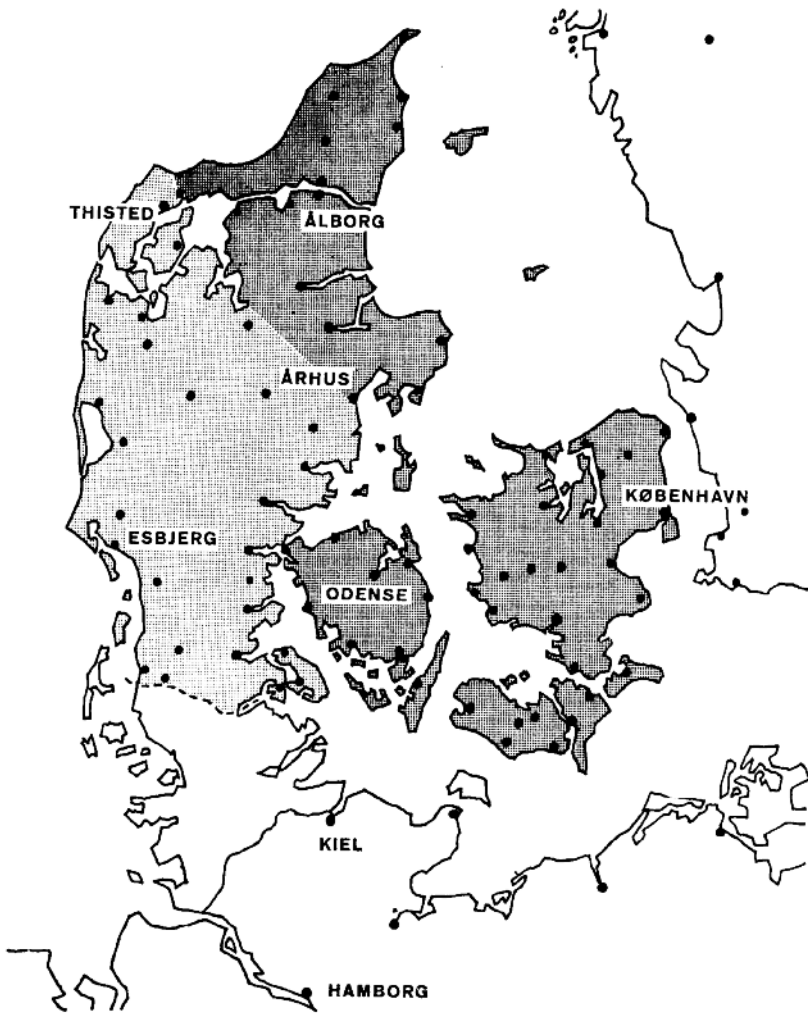
Cuando se sabe que las ciudades jugarán el papel principal en la futura vida laboral y competencia europeas se debe pues levantar un poco la vista por encima de las fronteras de Dinamarca.

Figura 5. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

¿Por qué tiene Hamburgo una importancia tan grande? Porque nosotros hemos *intervenido* en la historia como pueblo. Porque el Estado nacional danés es el efecto de su lucha por el reconocimiento a lo largo de la historia. Porque Dinamarca ha tomado, desde el punto de vista antropológico, decisiones primordiales entre diferentes direcciones posibles. Los daneses han tomado decisiones históricas conjuntamente –si definimos al Estado danés como una *voluntad en el mundo* y consideramos esta voluntad como la de los daneses–. Por ello, los daneses han adquirido una *experiencia* histórica común. Y yo creo que la experiencia histórica surgida de ese modo es importante para la gestión de la herencia cultural y del ambiente cultural, y a lo que me quiero volver a referir más adelante. De momento, sin embargo, quiero dirigir la atención a nuestra relación con Hamburgo desde la perspectiva de la experiencia.

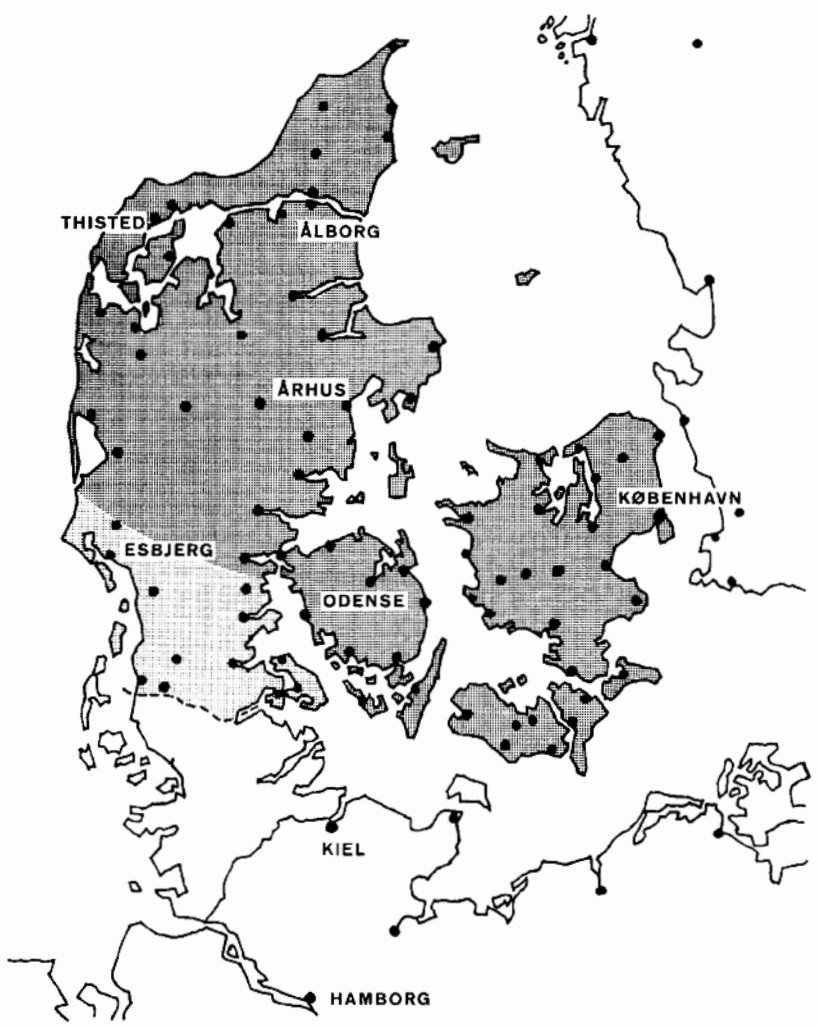
¿Por qué tenía que verse –como afirmaban los planificadores– la estrategia de supervivencia de Dinamarca en función de la situación geográfica de Hamburgo? ¿Y por qué esta situación suponía un problema para nosotros? Porque Hamburgo, con la ruptura del transporte rodado de mercancías y la inminente incorporación de Dinamarca como socio a la UE, tenía (de nuevo en los años sesenta) la posibilidad de extender su zona de influencia hasta bien al norte de Jütland y a las islas danesas, a costa de Copenhague. Los planificadores diseñaron un mapa [figura 6] sobre el que se podía apreciar a qué partes del país era posible acceder más rápidamente desde Hamburgo que desde Copenhague. Si en el futuro el transporte por carretera de mercancías se imponía, la organización de la zona de influencia de Copenhague sería decisiva. Sin embargo, los planificadores no se contratan para profetizar sino para *actuar*. Su misión consiste en encontrar la forma en que el Estado puede conseguir en la práctica las condiciones que le permitan sobrevivir a largo plazo. Y el mensaje de ellos fue: Si Dinamarca quiere conservar una capital que pueda seguir siendo el centro de la nación, entonces se ha de invertir en una infraestructura que posibilite la defensa de su zona de influencia y que ayude a recuperar el terreno perdido anteriormente.

Dicho de otra forma, se vislumbraba un escenario en el que Hamburgo estaría en disposición de conquistar toda la Dinamarca al oeste de Copenhague. El ataque comenzaría cuando, con la entrada de Dinamarca en la UE, las antiguas fronteras desapareciesen en el marco de la libre movilidad de mercancías, personas y capital. Aquí aparece uno de



La influencia de Hamburgo sobre Jütland (y sobre Fünen) aumentó fuertemente los años posteriores a la guerra. Copenhague era la única ciudad danesa suficientemente grande como para competir con la ciudad del Hansa¹³. Debido a su situación al otro lado del Gran Belt¹⁴ resulta sin embargo en desventaja. El mapa muestra cómo es más rápido proveer con un camión una gran parte de Jütland desde Hamburgo que desde Copenhague.

Figura 6. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



El puente sobre el Gran Belt cambiará esta relación. Trasladará la frontera de la zona de reparto de los camiones de Hamburgo desde la línea Arhus-Viborg-Thisted hacia abajo hasta Königsau¹⁵. Saber que la frontera se encuentra ahí es mucho más tranquilizador, especialmente cuando seamos miembros de la Unión Europea¹⁶. El poner en conexión ambas partes del país por medio de un puente es por tanto algo más que un reto técnico y económico.

Figura 7. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

los retos fundamentales para el ejercicio de la soberanía. ¿Cómo construir una Dinamarca que no se descompusiese en dos mitades cuando entrase a formar parte de la UE? La figura 7 muestra lo que los planificadores se propusieron como objetivo estratégico y cómo lo querían alcanzar con ayuda de una nueva infraestructura basada en puentes, trenes de alta velocidad y autopistas. Era primordial el crecimiento que se debía generar a partir de la gigantesca inversión en un puente sobre el estrecho marítimo del gran Belt para el tren de alta velocidad y una autopista. El objetivo político consistía en la unión de la capital y su entorno con el oeste de Dinamarca sin que ésta tuviera que ser trasladada a un nuevo emplazamiento en medio del país. Aquí comienzan a cobrar sentido los grandes proyectos de infraestructuras, entendidos como un proyecto nacional que constituiría la base del ejercicio de soberanía danés en el proceso de integración europea durante los siguientes 50 años. En primer lugar se tenía que conseguir una conexión estable del país por medio de un eje principal de este a oeste, después se podría realizar la construcción del puente entre las ciudades del Öresund Copenhague y Malmö, y finalmente, con el puente sobre el estrecho marítimo Fehmarnbelt, se podría asegurar el papel de Dinamarca como cabeza de puente entre el norte y el continente. Se trataba de un proyecto de Estado que, al igual que sucede con las formas militares de defensa de otros tiempos, se convirtió en un gran desafío tanto para el arte financiero de la política como para el arte tecnológico de la ingeniería.

La experiencia de un pueblo

¿Por qué se puede hablar en este contexto de una experiencia común de los daneses? Porque en la consideración de las decisiones estratégicas fundamentales en la planificación física del país reside un gran potencial de experiencias a tener en cuenta como parte de la herencia cultural común danesa. Cuando los Estados alemanes se federaron en 1871, Dinamarca recibió una vez más la antiquísima oferta de ser un *protectorado* (*Admiralstaat*) en el nuevo imperio alemán. Nosotros en cambio decidimos ser un *Estado nacional*. Al recompuesto poderío terrestre alemán le era inminentemente necesaria la creación de una flota de alta mar, si quería estar en condiciones de poder competir con Inglaterra,

Francia o los Países Bajos, que fueron los primeros, antes aún que Dinamarca, en recibir la oferta de convertirse en un protectorado, y que tampoco la aceptaron. Orla Lehman¹⁷ formuló en 1842, en su famoso discurso *Danmark til Ejderen*, (en español: Dinamarca hasta el río Eider¹⁸) una conocida frase: “Y si es necesario escribiremos con la espada la prueba de esta verdad sobre sus espaldas. ¡Dinamarca no quiere!”¹⁹. Si Dinamarca hubiese decidido convertirse en un protectorado alemán, Copenhague podría haber sido, como capital del protectorado, la más estrecha colaboradora para la flota imperial de alta mar de Berlín, ello además con toda la riqueza de recursos derivados de la situación estratégica del archipiélago danés. En ese caso, la relación entre Copenhague y Hamburgo hubiera sido totalmente diferente a una de mutua rivalidad por la población de la zona y por la esfera de influencia, con la que se perpetuaba una tradición que se remonta a los primeros tiempos del cristianismo. Cuando el rey Christian VII quiso dictaminar sobre la afirmación del general Moltke sobre la idea alemana del protectorado, recibió de todas partes –incluso de la ciudad danesa de Altona²⁰– la opinión de que no se quería saber nada de una adhesión al imperio alemán. Se trataba de una decisión danesa: seguir el camino del Estado nacional en lugar del protectorado. Una decisión que, reafirmada por la manifestación de la “reserva” danesa cara a una participación en la estructura militar de la UE, fue adoptada a menudo a lo largo del siglo XX, cuando el país experimentó como antaño los resultados de su estrategia de supervivencia nacional.

Se cosecha experiencia a medida que las consecuencias de una acción permiten observar su desarrollo práctico desde un punto de vista crítico. Por eso, la formación de la experiencia exige, por un lado, que se entienda qué consecuencias tienen los propios criterios y decisiones, y por otro, que no se pierda de vista el papel que juegan estas consecuencias en la propia práctica. Para ver lo que representa para los daneses su decisión existencial de convertirse en un Estado soberano a nivel de experiencia, es decisivo que dicha experiencia se considere como algo diferente al mero resultado del “desarrollo” de la formación y transformación de la sociedad danesa y de su constitución física durante todo el siglo pasado. Si se toman estos procesos como esfuerzos conscientes para imponerse a los retos de su tiempo sobre la base de las premisas heredadas, entonces ya no surgen como algo *dado* sino como un

ambiente cultural reflexivo y crítico. Un ambiente que se crea a partir del manejo cultural específico que la problemática del ejercicio de la soberanía lleva consigo. Una reflexión que selecciona determinados rasgos como ilustrativos para la valoración de la propia práctica nacional a lo largo del tiempo. Una enseñanza que es importante para el modo en que afrontamos los retos actuales.

Con el telón de fondo de la experiencia histórica del pueblo danés de sobrevivir como estado nacional, tras la Segunda Guerra Mundial había que preguntarse: ¿A largo plazo, cómo vamos a mantener unido nuestro país cuando pasemos a ser parte de la economía abierta de la nueva Europa? No estábamos –ni estamos hoy– ante condiciones que sencillamente se den de un modo natural. Estas condiciones esconden *en sí mismas* mucho más, las consecuencias de nuestra propia práctica, y por ello pueden contribuir a la formación de la experiencia danesa, siempre y cuando seamos capaces de reflexionar sobre ellas como parte de la herencia cultural danesa.

Usaré en este contexto los términos de *experiencia* y *formación* remitiéndome a una excursión a Berlín en la que íbamos a considerar esta ciudad como la concurrencia de distintos estratos histórico-culturales²¹. Pero ¿por qué resulta Berlín tan interesante? Porque ahí se ha desarrollado la dialéctica histórico-cultural más novedosa de nuestro entorno cercano. En el transcurso de tan sólo 100 años se han sucedido en Berlín seis regímenes: el imperio, la República de Weimar, el régimen nazi, las potencias de ocupación, la República Democrática Alemana y hoy en día la Alemania unida. ¿Qué han hecho estos regímenes con Berlín? Sin excepción, en todos se ha dado el argumento de negar la validez de la forma de Estado precedente y la promesa de organizarlo todo de un modo diametralmente diferente. Todas han hecho manifiesta su victoria y sus visiones en una nueva planificación de la ciudad, en nuevas plazas, nuevos monumentos, en nuevas casas y palacios. Pero también han querido conservar determinadas partes de su historia y olvidar otras.

Berlín se convirtió en prototipo del campo de batalla en torno al recuerdo –y hoy en torno a la *experiencia*–. El plano de la ciudad de Berlín y sus paisajes urbanos constituyen un ambiente cultural único, organizado conscientemente y a fondo. Berlín es la experiencia alemana. Queda fuera de todo cuestionamiento que el ambiente cultural es una lucha en la que se determina lo que *debemos* olvidar, lo que *queremos*

olvidar, lo que *no podemos* olvidar y lo que queremos hacer resaltar *especialmente*. El ambiente cultural de Berlín es una batalla en torno a las experiencias. Los alemanes utilizan un término muy instructivo para la manifestación física de sus lugares de la experiencia: *Denkmal*²² (monumento). Este es un lugar cuya historia nos incita a detenernos y reflexionar. Nos dice: ¡alto!, aquí hay una experiencia que nos importunaba y que en nuestro tiempo hemos convertido en un ambiente cultural generador de conciencia.

Echemos ahora un vistazo comparativo a la prudencia con la que en Dinamarca hablamos sobre cosas como nuestra herencia cultural, los testigos del pasado, las narrativas, los recuerdos y la identidad. Para nosotros la cultura contribuye con su resultado a la formación de la “identidad”. Pero ¿qué supone esto para un humanismo laxo? La historia se ha hecho inofensiva y sin significado de cara a nuestra capacidad para abordar el presente de un modo razonable y experimentado. Y la investigación cultural se entromete despreocupadamente al renunciar a una labor activa en el proyecto de formación del pueblo danés. Apliquemos a modo de prueba una terminología alternativa en lugar de nuestras borrosas ideas sobre la necesidad del ser humano de memoria e identidad. ¿Qué sucedería?: Nosotros tenemos experiencias porque reflexionamos críticamente sobre nuestra propia práctica y porque tenemos en cuenta conscientemente el surgimiento y la conservación de ambientes culturales en la planificación física, que nos obligan a meditar, que nos hacen experimentados, que agudizan nuestra conciencia sobre las decisiones y las luchas cuyas consecuencias han originado las condiciones –la herencia cultural– que impregnan nuestra práctica actual. Podríamos lograr pasar de una administración indiferente, hecha de testimonios de anticuario del pasado y de los lugares del recuerdo –que como mucho corroborarían nuestra decaída identidad–, al desarrollo de ambientes culturales en una herencia cultural común. Una herencia cultural que nos obligue a reflexionar, que nos lleve a reflejar nuestras experiencias y a convertirnos en un pueblo experimentado en el mundo, de la misma forma que lo hacen otros pueblos europeos, incluido, en el sentido en que aludíamos a él más arriba, el alemán.





Un ejemplo desde Berlín. Caminábamos por la Bebelplatz, Unter den Linden, frente a la Universidad Humboldt, por el bonito adoquinado de un entorno magníficamente restaurado sin sospechar nada. ¡De repente

ante nuestros pies se abre un profundo agujero! Pero en lugar de vernos arrojados dentro, nos sentimos desplazados sobre el agujero por una gruesa lámina de vidrio, a través de la cual puede verse una enorme biblioteca, de blancura impoluta y con las estanterías vacías. Todos los que han paseado por esta plaza han estado sobre un “Denkmal”, saben de qué se trata. Y no lo olvidan porque el motivo agita aún la conciencia histórica. Sobre la Bebelplatz ardieron las hogueras de libros de los nazis, y la actuación a la que aludo evoca la experiencia de que cuando quemamos un libro embrutecemos el poder y traicionamos la razón. Esto no tiene nada que ver con la identidad y los testigos del pasado, con cuentos dulces y valores blandos, se trata aquí de retener una experiencia de las luchas dirimidas y las batallas que aún nos quedan por librar para poder afrontar la vida de un modo reflexivo. Mi recomendación a quienes mediten sobre el término “blando” del ambiente cultural es: viaja a Berlín. En Berlín tuvo y tiene aún lugar la lucha. El viaje fue para mí una experiencia muy instructiva.

Quiero por lo tanto volver al concepto de experiencia. El ejemplo de Berlín como práctica histórica activa, muestra que el concepto de experiencia también podría ser un criterio importante en el debate danés. ¿Qué es más actual y tiene un efecto más duradero que la experiencia de nuestra decisión de convertirnos en un Estado nacional en lugar de en un protectorado? Esta experiencia ha creado la problemática de rango superior que ha formado y transformado los paisajes daneses durante más de siglo y medio. Una problemática que ha llevado, por ejemplo, a que con la ayuda de leyes estructuremos el uso del territorio. [Ver figura 8].

Para no salirnos del marco del artículo quiero limitarme a ilustrar cómo fue discutida y demarcada la problemática de la soberanía en la planificación física en torno a 1960. La cultura funcionarial se concentró en la competencia entre Dinamarca y Hamburgo. Observemos como ejemplo el tráfico, cuyos nudos debían conformar la base para la situación espacial de las zonas de desarrollo industrial en Dinamarca. Fue motivo especial de discusión dónde debía situarse la ciudad de Jütland, dado que las nuevas regiones de desarrollo podían ser instaladas en diferentes lugares de la península –y todas las regiones intentaban influir en la respuesta en beneficio propio–. ¿Cómo debían estructurarse las arterias del tráfico de la nueva sociedad, industrializada y de servicios? Imperó la unanimidad en cuanto a que había que fortalecer



-  Zona 1: Territorio urbano y de desarrollo industrial.
-  Zona 2: Territorio para planificación urbana y desarrollo industrial.
-  Zona 3: Territorio para edificación de viviendas de vacaciones y para protección del medio ambiente.
-  Zona 4: Territorio de dedicación exclusiva a la agricultura.

El Plan de zonas. El pensamiento base de esta propuesta es que si la edificación se concentra de cierta manera, en el futuro todos dispondrán de suficiente espacio. Aunque la industria recibiese una cantidad mucho mayor de terreno, el 90% de nosotros viviésemos en una casa con jardín y además la mitad poseyera una casa de vacaciones, el espacio alcanzaría tanto para la agricultura como también para grandes espacios libres, e incluso para parques nacionales, tan sólo tenemos que planificarlo.

Figura 8. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

el eje de tráfico de este a oeste. ¿Pero cómo enfrentarse a que Copenhague, la única gran ciudad situada en la frontera este del país, acaparara el crecimiento de todo el oeste de Dinamarca hacia sí y a la vez despoblara las regiones agrícolas y el oeste (con excepción de las ciudades de pescadores y aquellas con astilleros)? Diferentes alternativas eran posibles con el fin de fortalecer determinadas regiones externas a Copenhague.

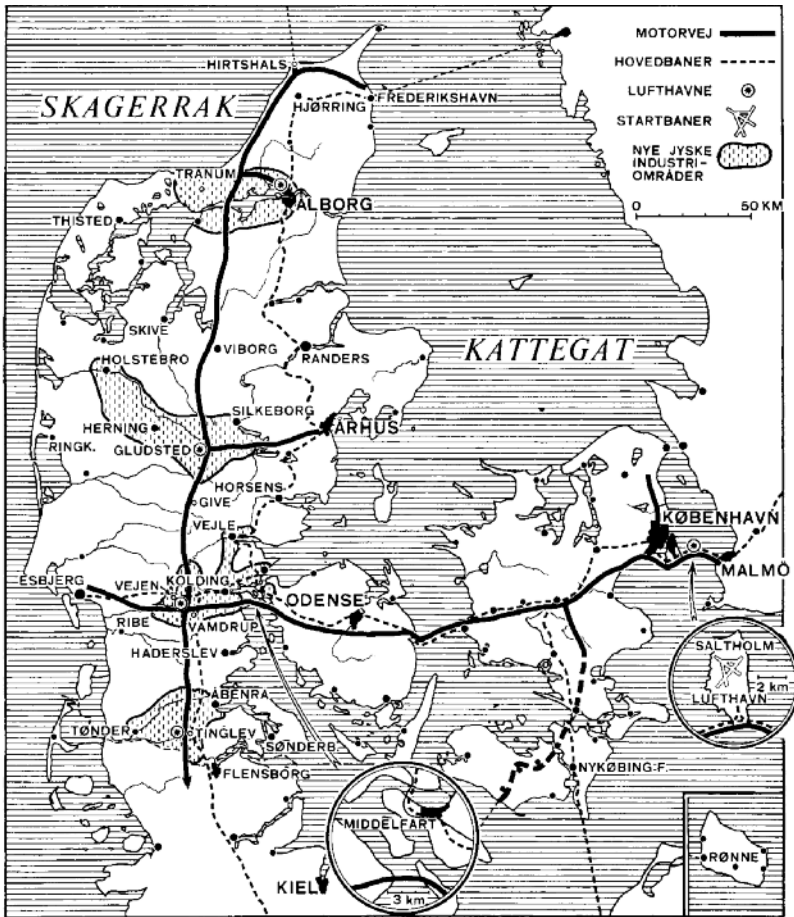
Cuatro propuestas radicalmente diferentes impregnaron el debate, fluyendo acciones aisladas desde todas ellas en la organización del enclave físico que se ha materializado en la Dinamarca en nuestros días. El proyecto más claramente extendido, en oposición al de la *Comisión para la Planificación del Territorio*, fue la proposición personal, masivamente apoyada por los liberales de Jütland, del profesor de geografía Johannes Humlum²⁴, consistente en trazar una nueva autopista que atravesase Jütland, cruzando el corredor de tráfico que va de este a oeste en Vamdrup a la altura de Holding, constituyendo así la base de una *región industrial al sur* de Jütland [Ver figura 9]. Más al norte la autopista debería convertirse en la base para una *región industrial central* en Jütland y en Limfjord y para la correspondiente *región industrial del norte* de Jütland. Justo al norte de la frontera germano-danesa, esta distribución de comunicaciones debería fundar una *región industrial Nordschleswig*, constituyendo un contrapeso a las cercanas ciudades de Schleswig-Holstein. Las cuatro ciudades de Jütland en conjunto tendrían que poder equipararse en unos 30 años al crecimiento de Copenhague y su entorno. Y junto con Copenhague y Odense deberían estar en condiciones de soportar la lucha con Hamburgo por la zona de influencia.

Con el tren internacional de alta velocidad TEE (Trans Europa Express), partiendo de París a las 7:24 horas, se estaría en Hamburgo a las 17:24 y en Århus a las 22:00. En tal caso, Jütland podría estar estrechamente enlazada con el corredor europeo de ciudades. Construir *vínculos* en lugar de *fronteras* era la esencia de esta estrategia de supervivencia. Junto a las arterias del tráfico y los aeropuertos, la fundación de tres nuevas universidades constituía un elemento activo en el “plan de descentralización” de Humlum. Una *Universidad del norte* de Jütland, en la ciudad de Nordjütland, una *Universidad del sur* en la ciudad Jütland, cerca de Vamdrup, y la *Universidad de Odense*, en la isla de Fünen²⁵, deberían complementar a la Universidad de Copenhague.

Como alternativa a la descentralización de Humlum se articulaba la propuesta de una “recentralización”, en la que el eje principal del tráfico del país uniría los centros de crecimiento de Copenhague, Odense y la ciudad tripolar en el pequeño Belt. Desde allí se construirían líneas de ferrocarril y autopistas hacia las regiones de Esbjerg, Herning, Århus y Ålborg, que a su vez, iban a desarrollar sus respectivas regiones transformándose en los cuatro centros de crecimiento de Jütland [Ver figura 10].

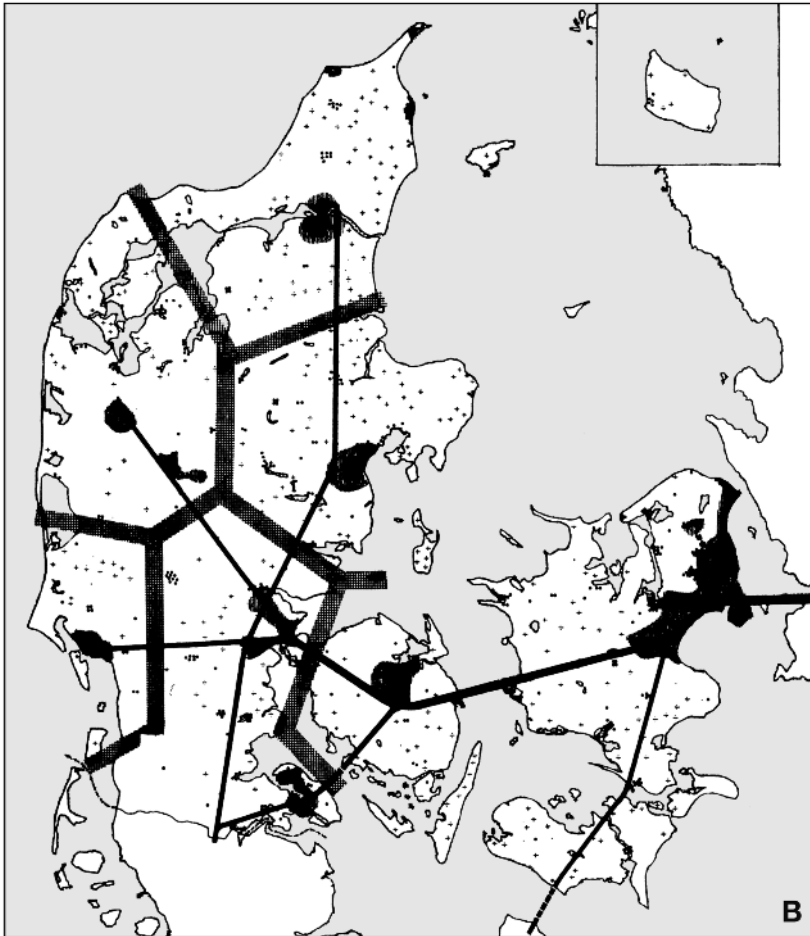
La tercera propuesta estratégica fue denominada “corredor de tráfico”, por considerar la construcción de dos arterias de tráfico de norte a sur, con la idea de unir el norte con el Continente, pasando por el este de Jütland y por el este de Seeland y constituyendo, conjuntamente con un eje de enlace con Fünen, la llamada “H mayúscula” [Ver figura 11]. Con este plan se defendió la opción de reforzar los centros de crecimiento existentes en las islas y al este de Jütland. Como argumento más importante se alegó que, concentrando el crecimiento en lugar de extendiéndolo hacia el oeste de Dinamarca, se alcanzarían una concentración más efectiva de la población y una mejor utilización de la infraestructura existente.

La cuarta fue la idea de una gran ciudad en el oeste danés como contrapeso a la gran Copenhague [Ver figura 12]. Ésta podría levantarse en el cruce entre la arteria de tráfico que va de norte a sur atravesando el este de Jütland y el eje este-oeste, y ser complementada con buenas conexiones en torno a Herning y Esbjerg. Una urbe en el pequeño Belt podría convertirse, además, en el puerto central del oeste de Dinamarca debido a su situación protegida en el profundo estrecho marítimo [Como muestra la figura 13]. Fue diseñada sobre la mesa de dibujo como una ciudad físicamente diferenciada, que podría ser interpelada como una nueva ciudad-sujeto, incluso cuando no se la pudiera nombrar nueva capital del país, como propusieron los más consecuentes defensores de una “relocalización” de la ciudad gubernamental. Como alternativa, se desarrolló el plan de una ciudad del Öresund, que conectase, con líneas de ferrocarril y autopistas, las urbes de Copenhague y Nordseeland con las ciudades del oeste de Schonen, en Suecia²⁶ y con la isla de Saltholm, y que actuara como nudo de comunicaciones para el tráfico aéreo interior escandinavo e internacional [Ver figura 14]. Copenhague recuperaría de este modo su zona de influencia cercana, de la que la ciudad había sido separada desde su cesión a Suecia. Las ciudades suecas recibirían por otra parte un impulso a su lado del Sund.



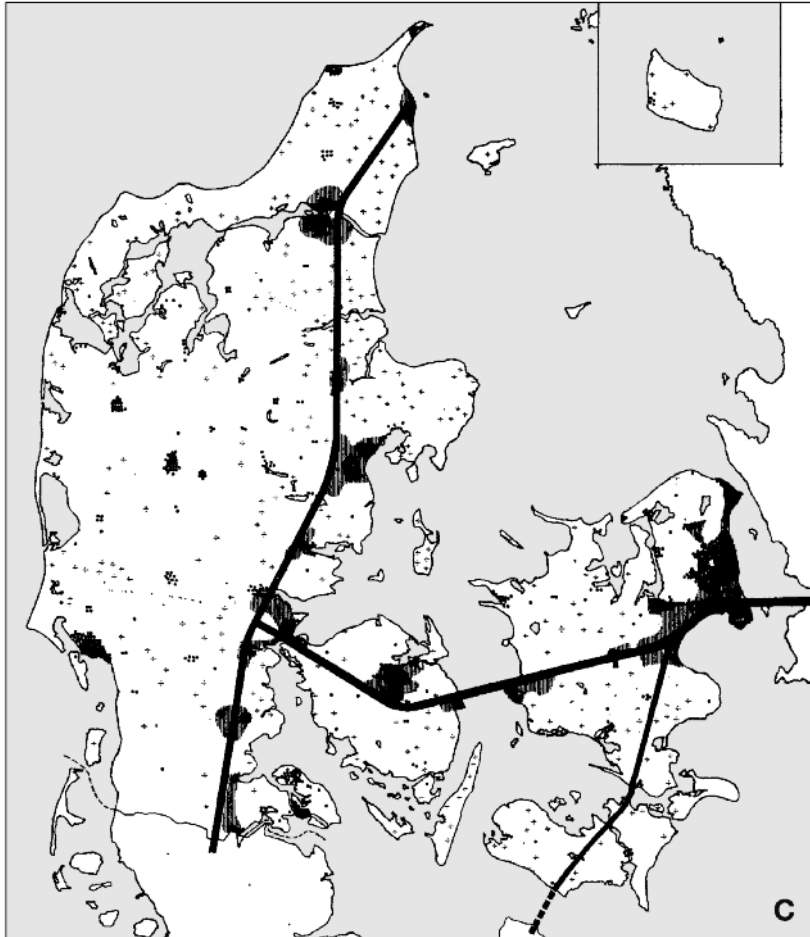
El profesor de geografía J. Humlum propuso un punto de partida alternativo para una planificación del territorio que permitiera especificar un proceso de planificación regional y otro local. Su intención era resolver la contradicción existente entre la fuerza atractiva de Copenhague, por un lado, y por otro lado, solventar al mismo tiempo el debilitamiento de su posición en la lucha con Hamburgo por la zona de influencia. La idea de Humlum era establecer en el centro de Jütland un vínculo entre ciudades basado en el tráfico y la formación, con el que compensar el crecimiento de Copenhague. Dicho núcleo debería estar a la vez fuertemente ligado a la capital, de modo que el este y el oeste de Dinamarca pudieran funcionar de nuevo como una unidad en la competencia con Hamburgo.

Figura 9. Fuente: *Landsplanlaegningsproblemer* (Problemas en la planificación del territorio). Humlum, 1966.



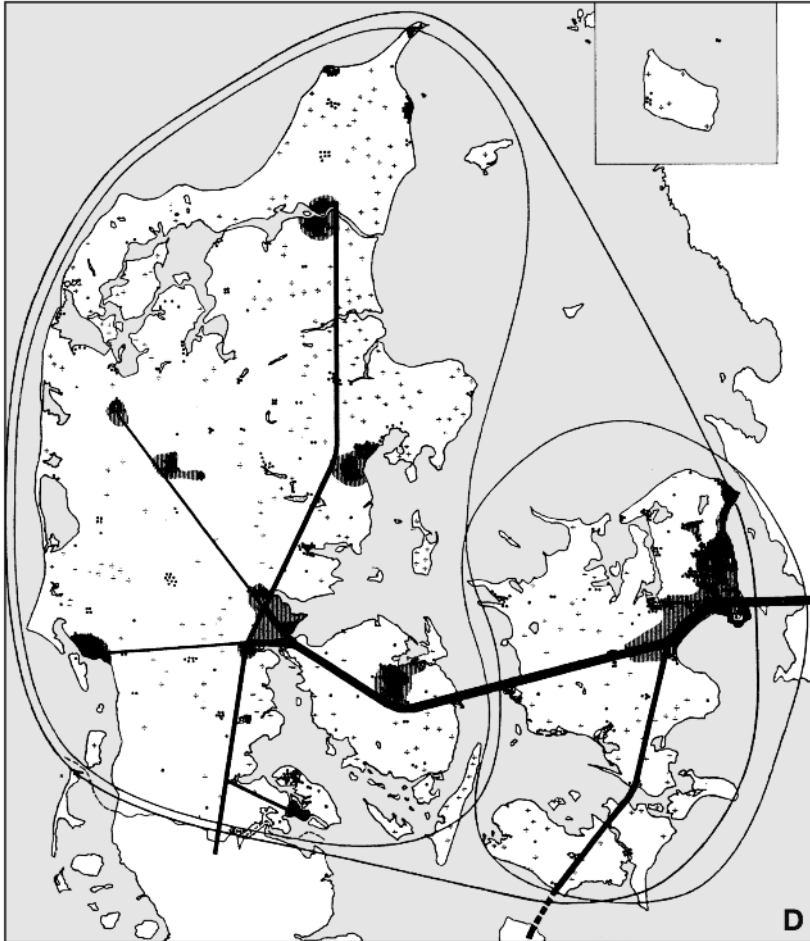
Croquis B: "Recentralización". El incremento del desarrollo de la ciudad y de sus servicios más importantes debe concentrarse en un número de centros regionales que muestren ya de antemano determinadas tendencias de crecimiento. Las ciudades más pequeñas de cada región reciben una muy buena conexión con estos centros, que se unen a su vez al eje principal del país Copenhague-Fredericia por medio de una red de ferrocarriles y carreteras bien desarrollada, que son en definitiva las líneas principales actuales pero con una mejor conexión diagonal norte-oeste en Jütland. (Este boceto coincide esencialmente con el principio de la ciudad estrella del ingeniero Kaufmann pero cuenta con algunas modificaciones).

Figura 10. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



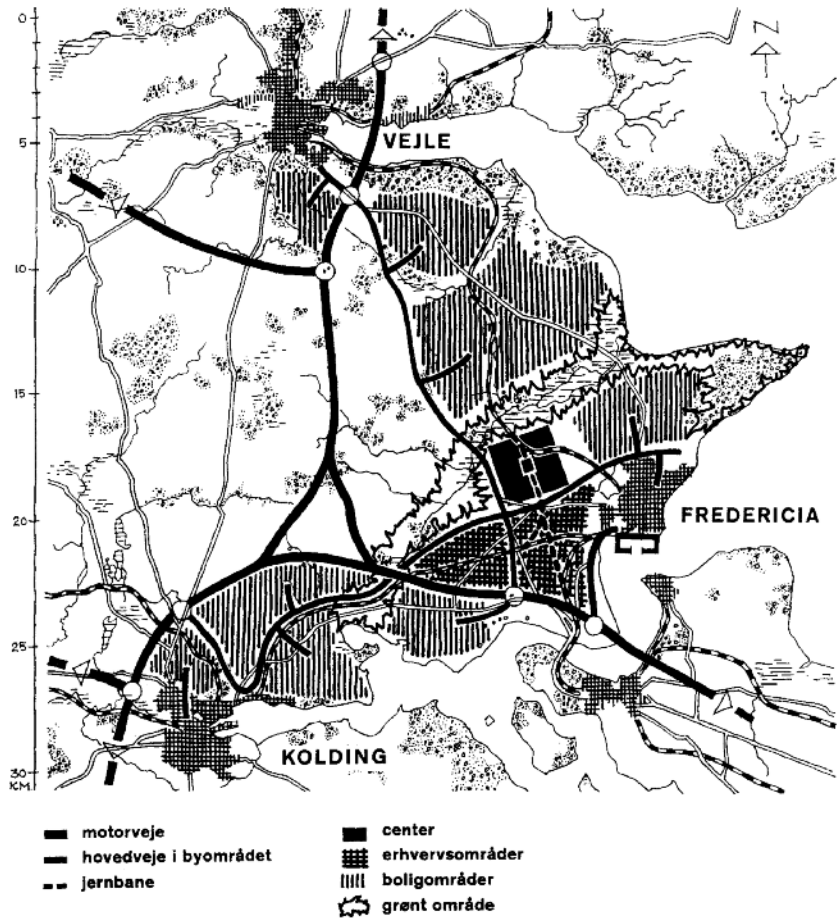
Croquis C: "Los corredores de tráfico". El centro de gravedad se sitúa en la estimulación del desarrollo de las ciudades que se encuentren junto a una red de ferrocarriles y carreteras bien desarrollada (coincidiendo con las líneas actuales más importantes), de modo que todas las "ciudades en desarrollo" estén bien comunicadas con la capital y con Europa. Tanto los servicios más importantes de la ciudad como la gran industria deben instalarse en estos corredores de tráfico (que recuerdan a una H mayúscula, sobre todo cuando se construya el puente con Suecia en Helsingør). Fuera de estos corredores encontramos despoblamiento y agricultura principalmente, espacios para el ocio y parques nacionales.

Figura 11. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



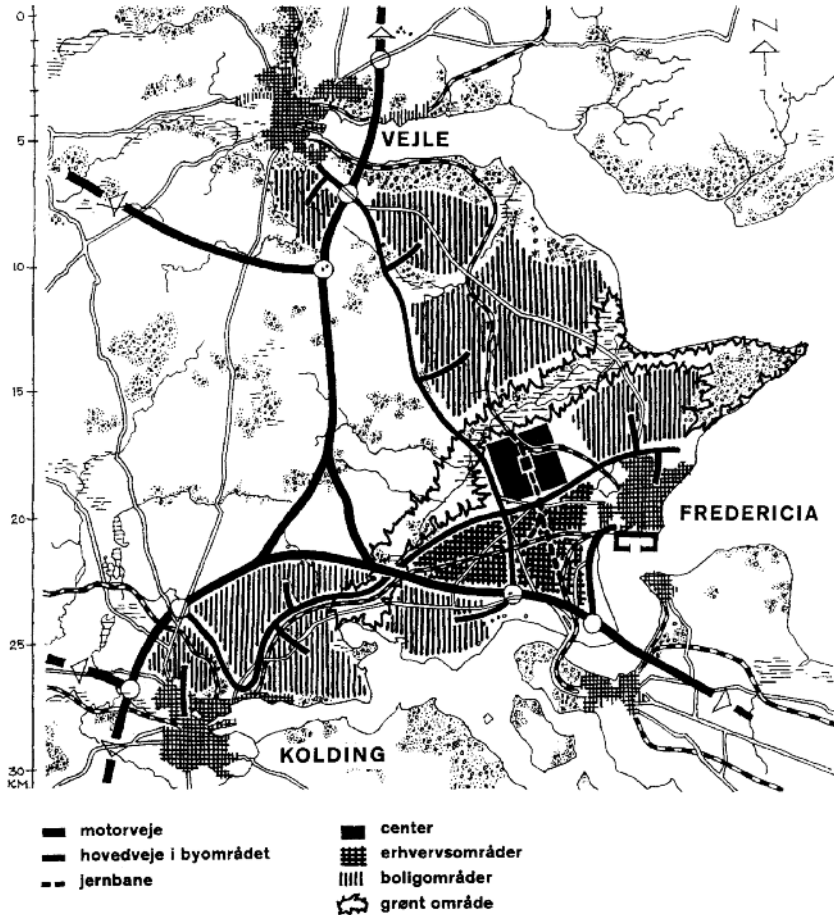
Croquis D: "La gran ciudad del oeste danés". El mayor esfuerzo posible se orienta al desarrollo de una única ciudad del tamaño de Göteborg en el sudeste danés, que debe disponer de administración central, de las más altas instituciones formativas, y agencias, así como de buenas vías internacionales marítimas y aéreas. El triángulo de ciudades Fredericia-Kolding-Vejle ofrece un territorio adecuado y una situación desde la que no sólo se podrían servir Jütland y Fünen sino en cierto modo también el este de Dinamarca. En este lugar se puede moldear una buena ciudad moderna, si queremos.

Figura 12. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



¿Una gran ciudad en el Pequeño Belt? El croquis muestra que se puede construir una sociedad urbana de medio millón de habitantes a partir de las tres ciudades actuales y que los barrios pueden recibir una situación excelente, sin destruir para ello el paisaje y sin cortar las numerosas líneas principales de tráfico futuras. El boceto fue elaborado por la arquitecta Kirsten Andersen de la Comisión para la Planificación del Territorio.

Figura 13. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.



Örestadt. El croquis para la fusión de las ciudades en torno al Öresund fue dibujado por los arquitectos Stefan Ott y Ole Thomassen. Tanto la idea como las ciudades han crecido fuertemente desde entonces. El Consejo del Norte²³ había recomendado un comité de estado sueco-danés que debería asesorar sobre una planificación conjunta. Pero el plan encontró fuertes opositores y el comité tuvo una cobertura regional en lugar de estatal. El puente del Öresund debiera haber sido construido originalmente en Helsingfr en lugar de entre Copenhague y Malmö. Y un aeropuerto en Saltholm fue desechado por imposible desde el principio.

Figura 14. Fuente: *Danmark under forvandling* de Bidstrup y Kaufmann, 1963.

Mi impresión es que, por parte de un sujeto colectivo como el Estado danés, la estrategia de supervivencia elegida se concibió cómo un ejercicio de soberanía dentro de un complejo proceso discursivo. En su aplicación se han combinado aspectos de los diferentes puntos de vista que se han contradicho y entremezclado a lo largo del proceso. Ninguna de las formas prácticas de actuación hasta ahora reconocidas ha dejado de influir por completo en la interpelación práctica de la planificación; y el funcionariado, al que en definitiva pertenece la profesión etnológica, es una parte activa de la formación y transformación de Dinamarca. Si hoy disponemos de una *Universidad del sur de Dinamarca* y otra en la región norte de Jütland; si construimos un puente sobre el Öresund, no porque se dispusiera de tráfico *para él*, sino para originar tráfico *con él*; si aplazamos el puente hacia Alemania sobre el Belt Fehmarn hasta *después de* la consolidación del eje este-oeste sobre el Öresund y el gran Belt, y eso a pesar de que la mayoría de la población está en contra de estas dos conexiones; si estructuramos en zonas el uso del territorio hasta el más pequeño detalle de la planificación local, en las que se puede leer lo que se propone cada propietario en todo el país; si disponemos de esto, digo, es porque se trata de elementos de una planificación física que nos concitan a reflexionar sobre nuestra propia actuación. La expresión del ejercicio nacional de soberanía como Estado miembro de la Unión Europea ofrece a la etnología numerosas posibilidades. Nos ofrece más experiencia sobre el contexto que rodea a las decisiones que hemos tomado de lo que lo podría hacer un simple reflejo de nosotros mismos en los auténticos testigos, relatos y recuerdos vírgenes.

Nos consideramos, con satisfacción, una nación que hace esto y lo otro. Eso es positivo en sí mismo, pero también hemos recopilado *experiencias* al constituirnos como nación. Experiencias adquiridas a un elevado precio. A éstas las podríamos dotar de forma en nuestras ciencias y paisajes culturales, y podríamos aprovechar su existencia generalizada. Dinamarca se dijo a sí misma tras la Segunda Guerra Mundial: la agricultura familiar no debe constituir por más tiempo la base fundamental del país, tampoco las cooperativas dispersas en cada pueblo. El pequeño agricultor no debe ser por más tiempo nuestra base. No queremos productividad de la tierra sino productividad del trabajo. La división de los sindicatos por ramos no ofrece ya suficiente flexibilidad como para ser el

fundamento cultural de la *polis* Dinamarca. Y así, sucesivamente, hemos tomado muchas decisiones como Nación que la etnología podría considerar sin más, en el momento en que investigue mínimamente los ambientes culturales relevantes para Dinamarca. Como alternativa (o como un complemento necesario) a la pacífica terminología de la comidad danesa –pienso aquí en la persistencia en el debate en torno a conceptos como recuerdo, identidad, continuidad, relato, testigos del pasado, herencia y valores–, podría situarse el hecho de trabajar con conceptos como experiencia, discontinuidad, práctica, formación, conciencia de sí mismo, lucha y reflexión. Para vivir una práctica en tal sentido no tenemos que ir más allá de nuestra vecina ciudad Berlín.

El papel de la Etnología

Los paisajes culturales surgen cuando las formas vitales y las formas de Estado –o sea, la totalidad de la práctica cultural– le dan forma al mundo físico en el que coexisten. Las formas de actuación científicas, las que describen la forma dada a los paisajes culturales a lo largo del tiempo, toman además parte en esta conformación. Si esta participación da lugar a la experiencia, entonces es preciso reflexionar sobre cómo influyen estos modos de actuación en la continua formación y transformación de la conciencia histórico-cultural de nosotros mismos.

No sin razón, la etnología tradicional y la etnología de Europa se encuentran en primera línea de la tradición investigadora del continente. Hombro con hombro colaboraron con los príncipes absolutistas en su trabajo reformador de los Estados nación de los modernos pueblos europeos. Cuanto más se confirió a estos pueblos la defensa del país, más fuertes se hicieron los Estados en sí. Los que como pueblo fueron capaces de crear suficiente sentido de homogeneidad interna, moralidad, unión, productividad y conciencia de sí mismos como para exigir el reconocimiento de sus vecinos, se destacaron como voluntades colectivas emergiendo del absolutismo con sus respectivos dominios soberanos. No queremos por lo tanto echarnos más arena académica a los ojos de la necesaria: la etnología europea surgió como una parte activa de los pueblos, que se describe a sí misma como una “lógica” que juega un papel político en la formación de su propio campo temático. Un

campo temático que no es sólo un objeto pasivo externo sino que es también un sujeto activo y que como tal saca partido de los resultados de la investigación.

Para distanciarse de la subjetividad, los etnólogos del siglo XX han hecho de la aspiración a la objetividad científica una virtud. Al apartarse del ejercicio de soberanía, del nacionalismo, de la restauración política, de la lucha de clases, de los regímenes del bienestar, entre otros de los intereses que han hecho a la etnología tirar con firmeza de su carro; ha habido muchos especialistas que han llegado incluso a enseñar a los estudiantes, y quizás también a creer ellos mismos, que la verdadera etnología es una ciencia que describe, independiente y objetivamente, las formas vitales y culturales de los pueblos, y cuyo carácter científico exige que su campo temático –la vida cotidiana y sus paisajes culturales– sea mantenido limpio y al margen de los resultados “artificiales” de la etnología aplicada. El no implicarse en los procesos culturales supone, en esta línea de pensamiento, una premisa para poder investigar estos procesos etnológicamente.

Esta diferenciación entre sujeto y objeto es a menudo defendida con un empirismo epistemológico que hace posible entender el desarrollo de términos especializados como un esfuerzo para dar denominaciones válidas y definidas a las cosas reales del mundo, a las que, por ello, sólo tenemos acceso a través de material empírico. En este caso contemplamos nuestros conceptos y descripciones como resultados de la investigación que representan en sí mismos una realidad objetiva más allá de la etnología. La diferenciación puede asumirse también con ayuda de una epistemología narrativa que juzgue cada descripción como resultado de la perspectiva que el investigador elija para construir su presentación del asunto. Dicho de otro modo, no existe una única historia objetiva sino tantas historias subjetivas como investigadores a los que se les ocurra contarla. Mientras que la epistemología mencionada en primer lugar encuentra cuestionable el “entrometerse” en los diferentes procesos culturales, para la segunda epistemología es, por principio, imposible llevar a cabo una elección imparcial de las historias singulares de entre las infinitas posibles que ofrece la realidad.

Si se quiere superar este dilema se tiene que plantear la pregunta de si es, en buena lógica, posible aplicar a la práctica etnológica estos dos puntos de vista contrarios. Deberíamos intentar reconciliar ambos en una

reflexión capaz de anular esta oposición. ¿Qué se necesita para ello? Sobre todo que nos veamos a nosotros mismos como etnólogos que intervienen en la historia. O más correctamente, como una etnología cuya práctica misma es una parte activa de la actual historia nacional de la cultura. Cuando los “prácticos”, esto es los etnólogos, que en sus campos de trabajo deberían dar un buen asesoramiento en la formación del ambiente cultural, nos preguntan sobre criterios de actuación, entonces nuestra propuesta es que uno no debería verse sólo como un especialista que aplica perspectivas teóricas a la realidad, sino como alguien que también *interviene* en la realidad.

Para finalizar quiero introducir un ejemplo a pequeña escala para describir el papel de la etnología: en la costa norte de Jütland se encuentran algunos pueblos de pescadores muy pintorescos. Conforme a la proposición de Humlum, estos municipios del extrarradio de la ciudad Jütland-norte tendrían que haber sido pequeñas y acomodadas ciudades periféricas. Hoy en día podrían haber sido parte de una gran área metropolitana, pero no ha sido así. Por el contrario, permanecieron relativamente intactos a la industrialización del norte de Jütland. Es por eso precisamente por lo que hoy los nombramos con satisfacción como “ambientes culturales” que vale la pena preservar. El Estado dejó construir muy cerca el puerto Hanstholm, que en principio debiera haberse convertido en el puerto de trasbordo de la ciudad Jütland-norte, pero que pasó a ser un puerto pesquero que atrajo a una parte importante de los faeneros de las costas cercanas. Otros pescadores permanecieron en embarcaderos de sus propias costas y modernizaron la pesca *in situ*. Lo primero que aprendemos de esto es que dichos “ambientes” no son simplemente expresiones naturalmente surgidas de la actuación del pueblo, y que su mantenimiento y cuidado es por ello correcto desde el punto de vista etnológico. Que posean exactamente este carácter y ningún otro es una dimensión estratégica que fue motivo de reflexión y debate durante muchos años –realmente desde hace tanto tiempo como existencia tiene la monarquía danesa–. Los ambientes vienen formados por una historia en la que la monarquía primero y después el Estado moderno planificaron y desarrollaron conscientemente la utilización de los recursos e infraestructuras del país, de igual forma que por otro lado, por ejemplo, otorgaban a los habitantes de la costa el privilegio del comercio de gabarras, les incluían en las listas de los marineros de la flota real, o

más cerca de nuestro tiempo, subvencionaban la construcción de muelles de protección y nuevos tipos de barcos con los que los pescadores daneses de alta mar pudieran competir con las cofradías pesqueras inglesas, alemanas y holandesas.

Debido a que nos lanzamos a industrializar la pesca en Hanstholm y en otros grandes puertos estatales, y a que prescindimos de la construcción de la ciudad Jütland-norte, y en su lugar identificamos grandes zonas costeras como –así lo llamaron los planificadores en aquel tiempo– “parques nacionales” en Thy y Han Herred. Hoy podemos considerar a ciertos pueblos pesqueros de la costa –en especial los lugares en los que tan sólo se practica todavía la pesca con aparejos tradicionales– como ambientes culturales que deben ser preservados por medio de las leyes de protección paisajística, monumental y demás medidas de tratamiento, para que con ello el desarrollo no quede únicamente en manos de su comercialización patrimonial a cargo de la industria turística local.

El ejemplo puede desvelar las auténticas condiciones de existencia de nuestra propia práctica, si tenemos en cuenta la historia cultural del Estado, de la que nosotros mismos formamos parte y que nos muestra continuamente estrategias para la transformación de Dinamarca. La reestructuración de la sociedad danesa realizada por el Estado, de la exportación agraria a la industrial, nos ha mostrado que la planificación general del país conlleva consecuencias drásticas para cualquier planificación regional y para los paisajes culturales que se generan en la práctica. Los etnólogos podrían obtener más experiencia sobre el papel jugado por ellos mismos en la determinación de la historia que merece la pena preservar, si dirigieran su foco de atención hacia lo que Dinamarca hizo, eligió y rechazó, y qué consecuencias tiene para nuestra propia práctica el que nosotros actuáramos y actuemos de este modo. En ese sentido partimos de la base de que los lugares y ambientes que nos proporcionan experiencia con esta práctica son relevantes. El criterio decisivo para la determinación de un *ambiente cultural* merecedor de ser preservado es por tanto que éste genere experiencias. No porque con su continuidad histórica afiance una identidad sino porque nos hace más experimentados de lo que seríamos si no hubiéramos estado confrontados, en nuestro entorno cotidiano, con las manifestaciones físicas de los contextos y consecuencias de nuestra práctica colectiva.

Cuando era miembro del *Kulturbistorik Råd*²⁷ oí acerca del asunto de Stenbjerg. Este pequeño pueblo de pescadores está situado tan cerca de Hanstholm que la pesquería del pueblo apenas pudo defenderse contra la inauguración del puerto de esta última ciudad. Las labores de pesca llegaron –por lo menos temporalmente– a sucumbir. El cabestrante con el que los barcos eran sacados del agua fue consagrado a un museo por iniciativa de los etnólogos, cuando el último barco grande capaz de navegar fue llevado a tierra definitivamente, para después ser conducido al museo de la cercana ciudad de Esbjerg. En este momento, muchos pensaron que Hanstholm, con sus grandes barcos dotados con redes de fondo, concentraría en sí mismo la totalidad de la pesca de la región. Así se dio el “desarrollo”, y posiblemente nadie se opondría a él en el futuro. Ello significaba que se podría preservar el lugar de Stenbjerg como un contemplativo ambiente cultural, con las medidas de protección patrimonial adecuadas para un pueblo de pescadores y su desembarcadero, con la construcción de un aparcamiento para turistas al lado y la demarcación de una zona franca de tiendas. En definitiva, como el pequeño y abandonado pueblo de pescadores, cuyas pintorescas callejuelas salpicadas de casas-taller artesanales dan un bonito testimonio de la cuna de la pesca del Mar del Norte. Stenbjerg se convirtió en el arquetipo del bien conservado ambiente cultural danés. Tendríamos que agradecerse por un lado a la financiación de A. P. Møller²⁸ y a su proyecto de restauración de casas-taller, y por otro, al olfato de los etnólogos al entrar en acción justo a tiempo en el rescate del desembarcadero. ¿Qué podríamos haber hecho más por este trozo de herencia cultural inmóvil? Hemos intentado asegurar sobre todo las artísticas casas-taller que constituyen el tronco físico fundamental del ambiente cultural.

La Administración era consciente de su responsabilidad histórico-cultural cuando un día, una gigantesca grúa de acero, con la que se transportaban grandes bloques de granito noruegos para la construcción de puertos en la costa oeste, se desprendió, dirigiéndose a Stenbjerg y destrozando el muelle de contención. La falta de protección amenazaba no sólo las viejas casas del pueblo de pescadores sino también la pesca con artes tradicionales que tímidamente comenzaba a recuperarse de nuevo. Esta pesca había hecho posible que una nueva generación de personas jóvenes quisiera permanecer en Stenbjerg y era la responsable de que el pueblo de pescadores no se hubiera convertido en un escenario muerto

sino en un ambiente cultural vivo. Cuando los habitantes de Stenbjerg con sus pequeñas redes se pusieron en marcha hacia sus caladeros no pudieron colocarse a sotavento de su viejo muelle. La pesca artesanal dependía, ahora como siempre, de que el muelle les ofreciera su protección de las olas del oeste. Como consecuencia de los destrozos del muelle de contención, los pescadores no podían hacerse a la mar para conseguir su sustento económico excepto unos pocos días. Esto supuso que quedaran cada vez menos que usaran, financiaran e incluso mantuvieran sus casas-taller, la casa-almacén, el nuevo cabestrante y las demás instalaciones del desembarcadero. Parecía como si Stenbjerg estuviera condenada a sufrir un inevitable destino: un lugar lleno de recuerdos pero en estado de decadencia y camino de convertirse en un escenario vacío de funciones y contenido.

¿Qué emprendió la Administración sin embargo? Debido a intereses turísticos se restauró un *espigón*, ya que se trataba de un ambiente cultural que merecía la pena preservar. ¡Estupendo! ¿Y dónde se construyó? ¡En la playa! ¿Y por qué se construyó en la playa? Porque los expertos temían que una tormenta pudiera llevarse las casas. Así en lugar de un muelle de protección se construyó un espigón de playa cerca de las casas para que la arena se acumulase [Ver figura 15]. La ironía es que el espigón no debía elevarse sobre el agua para no impedir que, en caso de una tormenta proveniente del norte esta fluyera longitudinalmente a tierra. Por el contrario el viejo muelle estaba situado mar adentro, sin llegar por completo a tierra, de modo que el agua podía fluir entre la costa y el muelle en el caso de tormentas del norte. Esto facilitaba que, al arribar las barcas, el muelle las protegiera de la alta resaca que generalmente procede del oeste y del suroeste. Sin embargo, a raíz de la construcción del espigón de playa, se desestimó la solicitud de los pescadores de Stenbjerg para la reparación de nuevo del muelle, dado que los expertos en protección de costas del *Kystinspektorat* temían que en el caso de una tormenta del norte, el agua no pudiera fluir entre el espigón y el muelle y se embalsase hasta los pies de las dunas.

Este era el panorama de Stenbjerg cuando yo llegué al *Kulturhistorisk Råd*. Un principio básico de la moderna Administración de valores histórico-culturales dice así: cuanto más se ayuda a la gente a hacer lo correcto más ganas tienen también de hacerlo. Con este principio la fundación *Skibsbevaringsfond* apoya, por ejemplo, a los propietarios de bar-

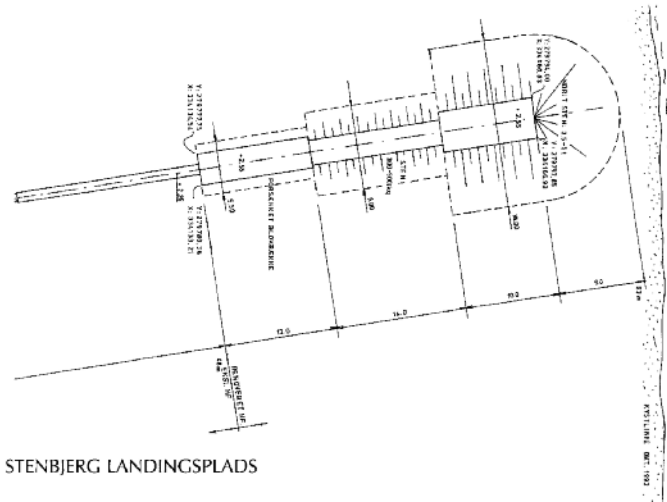


Figura 15: croquis de la restauración del espigón de playa que debe proteger a Stenbjerg como monumento.



Stenbjerg en el año 2002. Hay un espigón de playa y por ello ningún muelle de protección en el mar. Una decisión que merecería ya por sí misma un monumento. Sin ella, el ambiente cultural no sería tal como es actualmente. A pesar de enérgicas gestiones, ni los turistas ni la Administración han conseguido "liberar" otros pueblos de pescadores de la costa de sus redes y talleres como en el caso del estéril ambiente cultural de Stenbjerg.

cos viejos, a los que consideramos como una parte inalienable de la herencia cultural danesa. Pero a veces supone justo lo contrario. En algunas situaciones se puede movilizar estupendamente a las personas para la lucha por la preservación de sus propias casas, amenazando con mandar una excavadora o por lo menos diciendo que la Administración piensa hacer eso exactamente. No obstante, ¿eso puede dar origen a una protesta popular! Así ocurrió también en Stenbjerg. Si algo puede enojar a los habitantes de la costa es que el *Skov-og Naturstyrelse* y el *Kystinspektorat* les impidan reunir dinero para la reparación de su muelle de contención, ¡porque el Estado ha reforzado un espigón sobre la arena seca! Cuando entré en conversación con algunos miembros de la sociedad local de pescadores, me preguntaron inmediatamente si yo, como etnólogo, no podría hacer entender a los expertos en protección de monumentos y en construcciones marítimas que es necesario un muelle de contención fuera, en el agua. Dado que, para un habitante de Stenbjerg es totalmente absurdo que la Administración impida la pesca local colocando bloques de cemento sobre la playa para proteger los talleres de los pescadores en las dunas, porque estas casas (también sin espigón de playa) han estado allí durante cientos de años. No, me dijeron amablemente en el *Kystinspektorat*, si autorizásemos la reparación del muelle la corriente ya no podría fluir adecuadamente, arriesgándonos a que el mar pasara por el lado de tierra del espigón y se llevara las casas. A ello se podría haber objetado ¿Y qué hacemos cuando las casas hayan sido arrasadas? A cambio todavía tendríamos la pesca local y los pescadores de Stenbjerg se construirían casas nuevas. Pero entonces se perdería el ambiente físico y la Administración es la responsable de que eso no ocurra. El haber sido reconocido como ambiente cultural inalienable se ha convertido entonces en una maldición para este animado pueblo de pescadores.

Aleccionado por esta experiencia de práctica histórico-cultural funcionarial, concluí que en el caso de Stenbjerg sería perfectamente correcto determinar digno de protección un ambiente cultural vivo en lugar de un escenario muerto. Y un ambiente cultural vivo se genera en una situación que proporcione a las personas la oportunidad de su propia viabilidad económica en el despliegue de una práctica que, a la vez, preserve su contexto funcional y vivo. En Stenbjerg se debería permitir a los jóvenes y esforzados pescadores seguir reuniendo dinero en la zona,

para conseguir los medios para un recorte del espigón de la playa y un arreglo del muelle de contención en el mar. Así podrían de nuevo desembarcar mientras sus barcos descansan protegidos de la resaca por el alto muelle. Podrían vender pescado a los visitantes que llegan aquí para disfrutar de las vistas, las vivencias y el bacalao fresco. El funcionariado podría además aprender a valorar que hay una población local cuya vida y compromiso dotan de alma al ambiente cultural.

Desde el presente, para hacer más rico este enfoque experiencial que ha dado prioridad al ambiente vivo en lugar de a un escenario, enfrentándose así al punto de vista “oficial” del funcionariado y a sus anticuadas ideas sobre el desarrollo y el tratamiento del ambiente como herencia cultural, quiero decir que, paradójicamente, se actúa de forma correcta *en el instante* en el que *no* se sigue a los habitantes de Stenbjerg. Así, lo que encontramos allí hoy es un ambiente cultural que nos importuna ofreciéndonos una vista clarísima sobre el tema de la experiencia colectiva, de la que nosotros (y no en última instancia el funcionariado), podemos aprender qué consecuencias conlleva el considerar a la totalidad de los objetos culturales legado inalienable de un ambiente cultural. El embarcadero de Stenbjerg está ahí como un espléndido testimonio del pasado con sus pocos arreos tradicionales, su empaquetadora de pescado vacía y sus talleres abandonados. Todo está elegantemente muerto. Los jóvenes del lugar no perturban el cuadro. Y entonces vemos el espigón –desfasada premisa para completar el escenario– completando la pintoresca estampa allá arriba, sobre la arena, y los restos del muelle de contención sin función fuera en el mar. Tenemos ante nosotros un ambiente cultural selecto que nos muestra la experiencia, la experiencia *museística* propia del funcionariado.



Figura 16. La peor tormenta que se recuerda, en febrero de 1962, se llevó consigo las dunas exteriores. Aunque entonces el muelle de contención se encontraba en plena función y pudieron ser sacadas incluso las grandes balandras a las dunas delante de la casa de los cabestrantes y de las restantes edificaciones. Por ello los pescadores no creen que un muelle de contención afuera en el mar pueda provocar que el agua arrastre las casas-taller.



Figuras 17. Arriba: El pueblo pesquero Stenbjerg (1977) cuando aún existía el embarcadero a sotavento del muelle de contención afuera en el mar, permitiendo, también con viento del oeste y fuerte resaca, que la activa flota de pesca con cajas-red pudiera salir y volver.

Abajo: Para garantizar el ambiente cultural protegido no se concede a los pescadores ningún muelle de contención más –tan sólo este espigón de playa–.



Figura 18. Una inscripción sobre un pedestal relata a los domingueros que visitan Stenbjerg qué Fondos y Administraciones han financiado la reparación de las casas en lugar de a los pescadores.



Figura 19. La piedra conmemorativa de Stenbjerg tiene la siguiente leyenda:

*Han financiado el arreglo del embarcadero de Stenbjerg Stenbjergfond:
A.P. Møller y señora.
Fondo Mc-Kinny Møllers para fines generales.
La Región Administrativa Viborg y el municipio Thisted.
El proyecto se finalizó el año 2001.*

Bibliografía

- Almanakken. Nefa-Informationen* 5/2001. Institut for Arkæologi og Etnologi, København.
- BIDSTRUP, K. & E. KAUFMANN (1968): *Danmark under forvandling*. Danmarks Radios Grundbøger. Fremad, København.
- ENGDAHL, F. W. (1992): *Mit der Ölwaffe zur Weltmacht. der Weg zur neuen Weltordnung*. Wiesbaden.
- HØJRUP, T. (1983): *Det glemte folk. København (Statens Byggeforskningsinstituts forlag)* [1989 (con nuevo prólogo y posdata)].
- (1995): *Staat, Kultur, Gesellschaft. Zur Entwicklung der lebensformanalyse*. Marburg. [En inglés: *State, Culture and Life-Modes. The foundations of Life-Modes Analysis*. Aldershot 2003].
- HØJRUP, T. (2003): *Livsformer og velfærstat ved en korsvej? Introduktion til et kulturteoretisk og kulturhistorisk bidrag*. København.
- SCHRIEWER, K. (1993): *Die strukturelle Lebensformanalyse. Ein Beitrag zur volkskundlichen Theoriediskussion*. Marburg
- (1995): *Waldarbeiter in Hessen. Kulturwissenschaftliche Analyse eines Berufsstandes*. Marburg.
- VEJEN, H. (2004): *Dortbe: Statens tro tjenere? Om udviklingen af begrebet embedslivsform*. København (Museum Tusulanums forlag).
- ZAMAGNI, V. (1996): *The Marshall plan: an overview of its impact on national economies*. Bologna 1992. Wagner, Peter: *Mythos Marshall-Plan*. Pfaffenweiler

Notas

- 1 N. del E. Se trata de un concepto acuñado y desarrollado por Louis Althusser [Althusser, L. (1984): *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires: Ed. Nueva Visión].
- 2 Con relación a los fundamentos teóricos de las formas de vida ver: HØJRUP, Thomas (1983): *Det glemte folk. København (Statens Byggeforskningsinstituts forlag)* [1989 (con nuevo prólogo y posdata)]. HØJRUP, Thomas (1995): *Staat, Kultur, Gesellschaft. Zur Entwicklung der lebensformanalyse*. Marburg. [En inglés: *State, Culture and Life-Modes. The foundations of Life-Modes Analysis*. Aldershot 2003]. SCHRIEWER, Klaus (1993): *Die strukturelle Lebensformanalyse. Ein Beitrag zur volkskundlichen Theoriediskussion*. Marburg. SCHRIEWER, Klaus (1995): *Waldarbeiter in Hessen. Kulturwissenschaftliche Analyse eines Berufsstandes*. Marburg.
- 3 HØJRUP, Thomas: *Det glemte folk. København (Statens Byggeforskningsinstituts forlag)* 1983. 1989.
- 4 VEJEN HANSEN, *Dortbe: Statens tro tjenere? Om udviklingen af begrebet embedslivsform*. København (Museum Tusulanums forlag) 2004.
- 5 ZAMAGNI, Vera: *The Marshall plan: an overview of its impact on national economies*. Bologna 1992. Wagner, Peter: *Mythos Marshall-Plan*. Pfaffenweiler 1996

- 6 ENGDAHL, F. William: *Mit der Ölwaffe zur Weltmacht. der Weg zur neuen Weltordnung*. Wiesbaden 1992.
- 7 Estudiar los cambios en Dinamarca desde la perspectiva antropológica es el objetivo del proyecto “*Velfaerdsstat ved en Korsvej*”, que se lleva a cabo actualmente en el Instituto para la Etnología y la Arqueología de la Universidad de Copenhague. En él toman parte: Dorthe Andersen, Klaus Bolving, Søren Christensen, Lars Bo Kaspersen, Bo Lidegaard, Helene Rasmussen, Marie Sandberg, Klaus Schriewer y Dorthe Vejen Hansen. La siguiente publicación ofrece una introducción y un resumen sobre los diferentes temas y publicaciones de este proyecto: Thomas HØJRUP: *Livsformer og velfaerdsstat ved en korsvej? Introduktion til et kulturteoretisk og kulturhistorisk bidrag*. København 2003.
- 8 La comunidad administrativa es comparable, desde el punto de vista de sus derechos y deberes, con el distrito en Alemania y con las provincias en España.
- 9 El objetivo de la reforma de los ayuntamientos fue agrupar a los más pequeños en unidades administrativas más grandes.
- 10 Venstre Parti es el viejo partido de los agricultores que luchaba por la democratización y que además estaba en contra de la carrera armamentista. Hoy es el partido de la gente de negocios de las ciudades y de los trabajadores no socialistas, siendo su objetivo conseguir un “estado mínimo”.
- 11 BIDSTRUP, Knud & Erik KAUFMANN (1968): *Danmark under forvandling*. Danmarks Radios Grundbøger. Fremad, København. (N. del E. no hay edición en español, el título puede traducirse por Dinamarca bajo el cambio).
- 12 BIDSTRUP, Knud & Erik KAUFMANN (1968) Op. Cit.
- 13 N. del T. Una de las ciudades del norte de Alemania con rango de ciudades-estado, gracias a su histórico poder comercial.
- 14 N. del T. Estrecho marítimo del centro de Dinamarca, entre Fünen y Seeland.
- 15 En danés, Kongeå, que fue hasta 1920 frontera entre Dinamarca y Alemania.
- 16 Dinamarca pasó a formar parte de la Unión Europea, junto con Gran Bretaña e Irlanda, en 1972.
- 17 Orla Lehman (1810-1870) fue un político avanzado del movimiento nacional-liberal, que abogó por una constitución libre [sin dependencia de la monarquía ni de Alemania]. Su objetivo era un Estado nacional danés dirigido por un parlamento que pudiera defenderse de Alemania en el seno de una Unión escandinava.
- 18 El río Eider marca la antigua frontera entre el ducado de Schleswig, que estuvo muy influenciado por la casa real danesa, y el ducado de Holstein, que pertenecía a la federación alemana. El objetivo danés era integrar Schleswig por completo en su reino.
- 19 Steensstrup 1903-1907, Pág. 297 y 303.
- 20 N. del E. En la actualidad Altona es un populoso barrio de Hamburgo, pero en el siglo XIX era un importante enclave danés.
- 21 Ver la revista *Almanakken. Nefa-Informationen* 5/2001.
- 22 N. del E. Denkmal se compone literalmente de dos palabras, la primera procede del verbo *denken* (pensar), la otra hace alusión a lugar, sitio, espacio.
- 23 Asociación de los Estados norte europeos fundada en 1952 (especialmente Dinamarca, Suecia y Noruega) con una función de asesoramiento sobre todo en el ámbito cultural,

económico y social. A través de este Consejo se fundamenta el estrecho trabajo conjunto entre los Estados nórdicos, que se traduce en el derecho a establecerse, la libertad de pasaporte y el mutuo reconocimiento de los títulos escolares y universitarios.

- 24 Humlum, 1966.
- 25 N. del E. Es una gran isla estratégicamente importante porque está situada entre la península Jütland y la isla de Seeland, donde se ubica Copenhague.
- 26 Schonen pasó a pertenecer a Suecia en virtud de la Paz de Kiel, en 1814.
- 27 Gremio que representa los intereses histórico-culturales en la Administración estatal para la planificación y uso del paisaje
- 28 El grupo A.P. Møller es el consorcio más grande de Dinamarca. Es una empresa dominada por una familia y con gran influencia, también en la política cultural.

